

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII

San José, Costa Rica

1933

Sábado 19 de Agosto

Núm. 7

Año XV. No. 647

SUMARIO

Diego Mendoza Pérez, o el Maestro

Nota alusiva

Algunos episodios íntimos de don Diego Mendoza Pérez

El cardón

Lo de Cuba es puro imperialismo nacido en el Departamento

de Estado

Soliloquios de Unamuno

Dos comentarios

"Medea"

Versos inéditos

Germán Arciniegas

Antolín Díaz

Anastasio Alfaro

Juan del Camino

Guillermo de Torre

Miguel de Unamuno

Antonio Porras

R. Vargas Hicher

Arte popular

Comprimidos

Brigard Silva, íntimo

Germinal

Mis hijos no son míos

Rincón de los Niños:

Ejemplo

Fábula de Epiménides

Historia de un jorobado

F. Amighetti

Mario Sancho

Gastón de la Barca

Jorge Orozco Castro

Rogelio Sotela

Honorato de Balzac

Diógenes Laercio

Pró Baroja

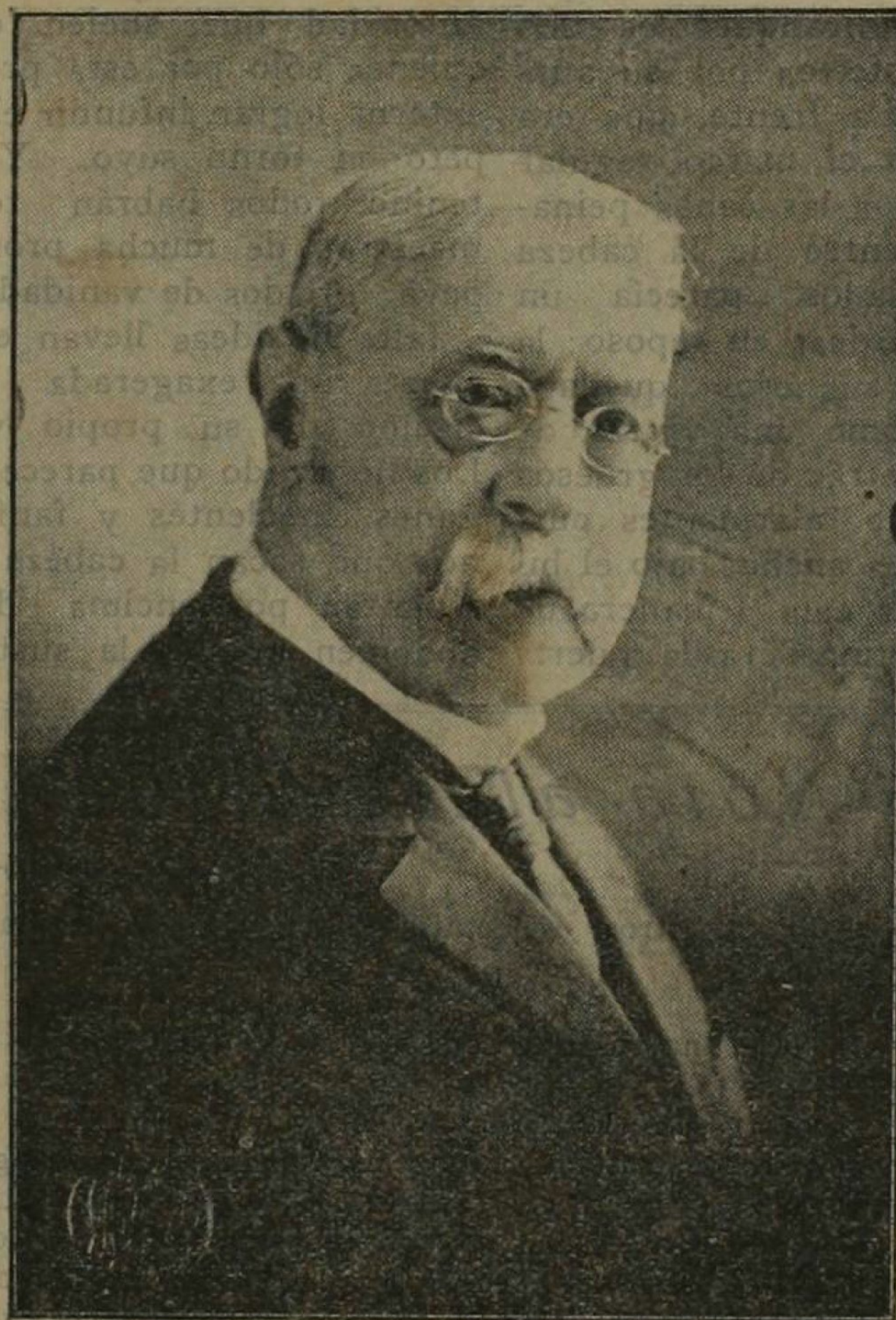
Diego Mendoza Pérez, o el Maestro

De Lecturas Dominicales. En la edición del homenaje, Bogotá =

El caserón

Donde fué la capital del reino de los zaques se fundó hace poco menos de cuatrocientos años la ciudad de Tunja. Entonces se alzaron allí casonas cuyos patios eran tan grandes como patios de conventos, se asentaron los hidalgos y se repartieron las tierras y los indios sin que hubiera alcanzado a disiparse el vaho que desprendían de sus lomos los caballos que treparon con Quesada la cordillera oriental. Quiero decir que raras veces se dió remate a la construcción de una ciudad en tan breve término de días. Los mismos españoles que alcanzaron a conocer el caserío indígena de leves techos pajizos y de láminas de oro que resonaban con músicas opacas al paso de los vientos—puestas a manera de estandartes sonoros delante de las casas—esos mismos españoles, digo, transitaron luego por las calles de la villa colonial, bordeadas ya de gruesos paredones, más propios de fortalezas que de sencillas viviendas familiares, y vieron florecer sobre los marcos de piedra blasones de una nobleza que nació tan veloz como la propia villa.

Rodean a la ciudad de Tunja colinas peladas de colores fantásticos, de tierras que son como el capricho que mezcla los tintes sobre el dorso de una paleta. Estas colinas parecen haber sido formadas para contemplar una historia mágica. El destino y un destino traído por encantadores, ha mudado la escena, en el fondo del vallecillo, varias veces, y siempre como si tuviese el ánimo de presentar contradictorios espectáculos. El hecho es que después de le-



Dr. Diego Mendoza

Nota alusiva

Como editores, también tuvimos que ver con el doctor Diego Mendoza. A nosotros llegó con dos libritos para que se los editáramos, y nos fué posible entonces darnos gusto el uno al otro. Alma generosa, no hacía por él, hacía por los demás.

Los libritos:

Escritos de José Ignacio Escobar. Selección y prólogo del doctor Diego Mendoza. San José de Costa Rica. 1922. En las ediciones del Rep. Am.

Artículos y discursos, por Santiago Pérez. Recopilados y prologados por el doctor Diego Mendoza. El Convivio. 1917. San José de Costa Rica.

Hubo cartas de por medio. Como éstas, fragmentarias:

Si pudiera usted dar una colección, en un número del Convivio, de los artículos de don Santiago Pérez, padre de Pérez Triana, le haría usted un favor a las letras hispano-americanas. La "Biblioteca Popular" de Bogotá, publicó un número con algunos trabajos del gran publicista y sin duda, usted que está cerca de Colombia, podrá procurar-

(Pasa a la página siguiente)

vantarse con tanta prisa la fábrica de los españoles, al punto se detuvo todo avance, y a la premura y al ansia creadoras se sucedieron unos silencios que duraron trescientos cincuenta años: como si las blancas alas de las casas recién abiertas se hubiesen plegado para una eternidad. A una actitud de vuelo siguió la de las manos que se juntan para sumirse en la plegaria. Ni los terremotos, ni las mayores desventuras mudaron esta calma. Las casas que se desmoronaban quedaban convertidas en montículos de greda, sin que otras viniesen a reemplazarlas. Alguna vez, una epidemia condujo a la muerte a todos los habitantes de un barrio entero, y el barrio se fué transformando en cañadas y en barrancos bajo la acción de las lluvias, sin que nadie intentase, con un pequeño dique, atajar al invasor. Aquella era la ciudad del silencio. Tal vez sembrante a Brujas, que luego de haberse retirado al comercio universal que levantó en ella tiendas, bancos y mercados, se arrodilló bajo un palio de campanas a repasar las cuentas del rosario.

Las casonas que levantaron los conquistadores quedaron tan firmes que si hoy fueran a destruirse, la dinamita apenas alcanzaría a volarlas. Todas ellas parecen ser trasunto de la recia voluntad de don Gonzalo, de aquel bravo capitán don Gonzalo Suárez Rondón, brazo derecho de Quesada, guerrero invencible, bajo cuyo mando se repartieron los solares y se pisaron las tapias de los paredones perdurables. Así su propia casa, puesta a hilo con la iglesia mayor, sobre un costado de la plaza, por donde han

discurrido largos tres y medio siglos, sin que ni aun los hombres destructores hayan podido abatir ni su grandeza, ni su gracia.

Esa casona de Gonzalo Suárez Rondón, es hoy la casa de los Mendoza Pérez. Por sus corredores, que tendrán dos lanzas de ancho; por las alcobas inmensas, de artesonados mudéjares; por la anchurosa escalera de piedra; por el amplio zaguán en donde podría retozar una escuela, debió desparramarse la infancia de don Diego bajo la mirada severa de las viejas apergaminadas y encogidas sobre minúsculas banquetas. Las gruesas esteras de esparto impondrían el silencio a sus carreras; la misma amplitud del edificio repleto de penumbras, llevaría a su ánimo el reposo y aun la medrosa profundidad de la colonia; el tono de la casa maduraría tempranamente sus años. Lo cierto es que de allí salió don Diego como un joven ilustre a la edad en que los más no pasan de meros badulaques. En el patio florido, donde los geranios rebosan en una espuma rosada que forma la cenefa de los altos corredores, la vida familiar y perfumada despedía a don Diego cuando, camino de las tertulias literarias y de las fiestas sociales, iba a imponerse como una persona discreta, erudita e hidalga. Entonces Tunja era la capital del Estado, y el viejo liberalismo, el radicalismo de principios severos e inflexibles, modelaba la estructura moral de quienes fueron sus egregios varones.

La figura del maestro

Yo conocí a don Diego cuando ya era un viejo de blancos cabellos. Lo supongo de sesenta y cinco años. Era de buena estatura, ancho de espaldas, macizo, y el aire de que parecía envuelto era de imponente austeridad. La propia justicia o justeza que le había servido de criterio para valorar las ideas y escoger las que mejor se acomodasen a su temperamento, hacía que en su semblante a un mismo tiempo estuviesen expresándose la ecuanimidad y la firmeza, pero más la firmeza porque era una cualidad arrancada de la sustancia misma que nutrió las primeras horas de su vida. Suele ser la edad de las canas un sutil velo de bondad que disuelve en-

tre sonrisas la arista nítida de un pensamiento sólidamente edificado. Mas no acontece esto en la ancianidad de los radicales que se formaron oponiendo su verdad a los contrarios en una época de luchas bravas, cuando se jugaba la vida sobre la carta de una idea.

De esta manera daba gusto leer en el semblante de don Diego, semblante magistral en donde las cosas parecían estar escritas de la propia manera que en los retratos de los buenos pintores. Bastaba con observar un poco para ver que su rostro nada tenía de equívoco, nada de incierto. Ocurría a veces que las gentes no se atrevían a él, que suponían infranqueables los abismos abiertos por su austeridad. La frente, que era plana bajo el marco regular formado por las canas peinadas del centro de la cabeza hacia los lados, parecía un asiento de ideas en reposo; la viveza de sus ojos quedaba descrita como una viveza de gabinete detrás de los gruesos cristales de alarmantes curvas; la boca ancha, bajo el bigote que le caía a manera de espesa cortina, era la puerta

indicada para el paso de una voz grave: todo esto se sumaba como un obstáculo para colocar a don Diego fuera del campo de la amistad corriente. Y, sin embargo, era tal la riqueza de su espíritu, había transitado él por tantas comarcas del saber, que esta sola circunstancia convidaba a rodearle, a escucharle, a descubrirle. Así pudieron ser los primeros maestros, hombres que parecían remotos, dueños de claves extrañas, a cuyas cátedras colocadas bajo la adusta sombra de los conventos, acudían los jóvenes de todas las naciones.

Excusado es decir que no había en don Diego el aire de autoridad que suelen darse quienes sólo por esta presión externa logran infundir el respeto en torno suyo. Yo he tenido, todos habrán tenido maestros de mucha prosopopeya, inflados de vanidad, que a falta de ideas llevan en su cabeza una exagerada apreciación de su propio valer. Los he tenido que parecen gañanes, insolentes y fanfarrones que sacan la cabeza y la levantan por encima de un abdomen que es la sustancia

misma de su personalidad; que se arrastran detrás de los honores y que se empujan en las más insignificantes exposiciones. Cuán lejos de todo esto iba la autoridad de don Diego: autoridad de autor, respeto que lo acompañaba no más que por lo respetable de sus propias ideas, severidad de altos pensamientos, y sencillez infinita para defender este tesoro desde el fondo de una vida silenciosa.

Las obras del maestro

Cuando empezábamos nosotros, libres ya del horizonte limitado que tuvimos por universidad; cuando salimos a la vida y comenzábamos a indagar sobre el espíritu mismo de la patria, que con tantos desvelos nos ocultaron maestros oficiales, hallamos en la ciencia de don Diego derrotados insospechados que nos pusieron sobre las rutas que buscábamos. Es ahora, repasando en las horas de nuestra iniciación, cuando vemos hasta dónde fué él un maestro de verdad y cuán hondo penetró en nuestro espíritu.

Debo engarzar aquí un recuerdo personal. Fué don Diego Mendoza uno de los más constantes colaboradores de "Universidad", la revista desventurada que no pudieron sostener sino por breves años mis manos inexpertas. Pero desde el primer día, don Diego fué trazando en aquellos cuadernos un panorama de la vida colonial en la Nueva Granada que nos dió las claves de muchísimos problemas. Escribía don Diego allí, entonces, aquella parte de la historia de nuestra cultura en donde alternaron los espíritus de José Celestino Mutis, de Francisco Antonio Zea, de Francisco José de Caldas, de Camilo Torres. Tal vez no haya habido ningún otro colombiano que haya avanzado tan certero, con tan seria documentación, con tan fina penetración dentro de esa era, la más agitada y decisiva de la historia patria. El explicaba todas las circunstancias que le sirvieron de fundamento a la política de don Carlos III; las razones que movieron al conde Aranda y a Floridablanca para expulsar a los jesuitas, para organizar las expediciones científicas a México, a Guatemala, a la Nueva Granada y al Perú; los antecedentes y las circunstancias

Nota alusiva...

(Viene de la página anterior)

se algunos otros: es lectura sustanciosa y de forma irreprochable.

B. Sanín Cano.

(De una carta al Director de El Convivio).

En respuesta a su carta del 2 de marzo último, tengo el gusto de comunicarle que hoy mismo me he dirigido a mi amigo doctor Diego Mendoza Pérez, pariente político de don Santiago Pérez y literato de vieja data, participándole los deseos de usted. Creo que nadie aquí mejor que Mendoza, puede hacer la selección y escribir el prefacio biográfico para el Convivio.

C. Hispano.

(De una carta al Director de El Convivio).

El último correo me trajo un ejemplar de El Convivio que contiene los cuentos filosóficos de José Enrique Rodó, muerto, por desgracia, para las letras americanas. Dentro encontré una tarjeta de usted en que me habla del deseo que tiene de publicar algunos de los escritos de mi tío Santiago Pérez. De esto me había hablado también el señor Ismael López, y yo le había dicho que esperaba una insinuación directa de usted.

Es tanto y tan bueno lo que escribió, que la dificultad está en la selección. Hay, por ejemplo, tres discursos sencillamente admirables: no ha dado la literatura americana, hasta donde yo la conozco, notas más altas ni más hermosas. Le enviaré lo más pronto que pueda, algo de lo mucho que Pérez Triana y yo estábamos recopilando para una edición completa de las obras de mi tío.

Diego Mendoza.

(De una carta al Director de El Convivio).

Y otras cartas del doctor Mendoza que se guardan. Hasta grabados me mandó: los de Astillas de mi taller, con el ánimo de reproducirlas de El Gráfico de Bogotá. Porque eso le encantaba al doctor Mendoza: que se conocieran más allá los próceres radicales de Colombia. ¿Cuántos como él?...

de la obra de Mutis. El revisó todo el proceso de aquella pugna famosa entre los frailes y Mutis, cuando aquellos le denunciaron ante el tribunal de la Inquisición por estar propagando la peligrosa doctrina de que la tierra gira al rededor del sol. El nos descubrió las críticas sagaces de Camilo Torres al plan de estudios de Medellín y la manera certera como el prócer fustigaba a los frailes profesores de derecho civil y de canónico, doblemente ignorantes de las leyes. El nos llevó al centro mismo en donde se anudaron los hilos de la formación intelectual de la república.

¿Quién pudo, entre todos los detentadores de las cátedras oficiales en la Universidad conservadora, traernos riqueza igual de sugerencias?

Y lo extraordinario es pensar que la influencia que ejerció sobre nosotros cubrió de igual manera el campo vastísimo de no sabemos cuántas generaciones. Fué en el siglo pasado cuando levó delante de los miembros de la Academia de Jurisprudencia su ensayo sobre la evolución de la propiedad en Colombia. He revisado ahora ese estudio y me asombra y maravilla ver el acierto con que guió a sus oventes a través de esa materia que era del todo virgen para sus mentes educadas en la lectura aislada de los códigos. Don Diego hablaba afirmándose en el proceso de la historia, de la historia nuestra, dándole todo su valor y significación a los hechos sociales, precisando las causas económicas, desentrañando el curso de la política, tal como apenas ahora empiezan a verificarse los estudios históricos. A pesar de los años que han pasado, y no obstante las inquietudes que han fertilizado nuestras inteligencias, la monografía de don Diego Mendoza sigue siendo insuperada, si no única.

Nada detuvo a don Diego, puesto sobre el camino de los estudios que fueron la riqueza mayor de su vida. Se le aisló, se le proscribió de la vida pública, se le tuvo olvidado, pero todo fué inútil cuando trató de dominarse su personalidad austera, independiente. Los viejos radicales se distinguen por el carácter. Cuando Núñez instaura el sistema de la Regeneración, comprende que es allí en donde ha de librarse la batalla deci-

siva y es en el abatimiento del carácter nacional en donde afirma todo el porvenir de su política. Mendoza Pérez era, pues, como los viejos radicales. Cuando se le cerró el camino de la vida pública, no se le cerró nada. El estudiaba por placer, porque estudiando se recreaba y no tenía afán de hacerse famoso o popular.

Hay libros suyos, como el de la "Misión Botánica", publicado en España, que temo sea desconocido de manera absoluta por los colombianos, al menos por los de las últimas generaciones. Fueron estudios que no hizo don Diego para encaramarse sobre ellos en actitud de reclamar estatuas. Su vocación se confunde entonces con la del schollar que vive para la ciencia, ese tipo de schollar que es la más pura realización de la inteligencia, y que apenas si por milagro ha surgido a veces en Colombia.

Este ensayo, dice por ahí don Diego, me va resultando demasiado largo: pero qué me

importa que así sea, si lo estoy haciendo porque me da la gana y porque gozo al recorrer el tema en toda su extensión. Así tiene que ser el sabio entre nosotros. Un individuo que no debe meter en la cuenta ni el aplauso de los extraños, ni la seguridad de que se le respete, ni el alivio de que se le tolere. No digo que esto sea condición exclusiva de nosotros. ¿En dónde no acontecen tristezas semejantes? Aquí siquiera, a veces, ya muertos los autores, se rinden a sus memorias honores académicos. Pero en todo caso no hay nada más conmovedor que esta actitud del sabio cuando no duda en mantener activa su voluntad a través de una larga vida que, cuando no despierta resonancias de simpatía, es porque arma a la envidia y a la ignorancia para que hagan de cada hora una encrucijada contra ella.

El amor de los discípulos

Después de todo, el disci-

pulo siempre es agradecido. Yo veía a don Diego metido en su taller de solitario, y pensaba que su tránsito a la muerte podría pasar en cierto modo inadvertido. Y, sin embargo, qué rumor de duelo más extenso vino a acompañar la caja mortuoria! Aquí nadie deja huella tan honda como un maestro. A los políticos, a los generales, se les rinden honores sin profundidad. Al maestro se le despide con el sombrero en la mano, el silencio en los labios y la angustia sobre el corazón. Raras veces he visto un cortejo más apretado, más respetuoso, más hondamente conmovido, que el cortejo que asistió a los funerales de don Diego Mendoza Pérez. El iba entre flores del propio modo que entre la espuma de los geranios había salido a triunfar de la vida cuando dejó la casona de la ciudad de Tunia. Pero ahora las flores temblaban entre las manos de los estudiantes e indicaban que el ciclo de la vida quedaba definitivamente clausurado.

Dejó el maestro el ejemplo múltiple del trabajador, del solitario, del profesor, del inflexible, del modesto. Tuvo sus noches tristes, pero fueron noches que no apagaron su voluntad. Es un conjunto el de su vida que tiene todos los contrastes de la humanidad, porque la riqueza de sus dotes es una riqueza humana, que él no se cuidó de tapar con artificios ni amaneramientos. Yo no podría decir de él si fué orgulloso o fué misántropo; si fué cauteloso o fué prudente; si fué hábil o si fué sagaz; sólo puedo decir que fué un hombre, y todo un hombre.

Germán Arciniégas

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

Algunos episodios íntimos de don Diego Mendoza Pérez

= Conversaciones con su alumno predilecto, tomadas de *Lecturas Dominicales*. Bogotá =

El reportero fué siempre amigo del "Externado" del doctor Diego Mendoza. Estimulado por el profesor Espinel, quiso alguna vez entrevistar al eminente educador acerca de tópicos americanistas. Estuvo en las habitaciones del doctor Mendoza. Y fué entonces cuando dióse cuenta de que el gran Rector tenía un "discípulo amado", que fué en los últimos años su secretario privado. José María Marmolejo es un muchacho moreno, casi diminuto; liberal e inteligente; sencillez, sin "pose" universitaria, posee una gran capacidad asimilativa y

una exquisita pulcritud espiritual. Es oriundo de Roldanillo. Pobre, durmió en los claustros del Externado y muchas veces estudio sus lecciones, al pie de la Biblioteca del doctor Mendoza Pérez. Con Marmolejo, el reportero ha charlado, después de la desaparición del educador insignie; del gran patriota sin mácula. Son recuerdos de la vida de un hombre ilustre. Tal vez, intrascendentes, pero reveladores de un gran espíritu que formó numerosas generaciones para el honor de Colombia.

(Pasa a la página siguiente)

Algunos episodios íntimos...

(Viene de la página anterior)

—Dos días antes de la muerte —observa Marmolejo— en un delirio que tuvo el doctor Mendoza, decía:

—Cómo les parece! Estoy en el suelo sin poder levantarme. A todo el que pasa le pido la mano para poder levantarme, y todos van pasando, diciéndome que después volverán... y nunca vuelven!

El doctor Eduardo Santos escribía con alguna frecuencia al doctor Mendoza Pérez. El veinte de febrero de este año recibió una carta, fechada en París. En uno de los párrafos finales, le decía el doctor Santos:

"Lo que sí no le perdono es que me hable de "un individuo que hace muchos años murió para la patria". Ese "individuo" no lo conozco, yo, ni podría jamás identificarlo con una de las figuras más nobles de mi patria".

Al comentar esa carta, el anciano ilustre decía a su joven secretario:

"Qué bueno es Eduardo. El cariño le hace atribuirme méritos de que carezco".

La muerte del doctor Antonio José Restrepo le causó honda impresión, y mayor fué ésta—añota su secretario—al recibir, quince días después del fallecimiento del doctor Restrepo, una carta atrasada, fechada en Mallorca, y en la cual le decía el gran tribuno que una laringitis le había impedido decir en la Liga de Naciones muchas cosas contra el Perú.

Y agrega el joven Marmolejo:

—Jamás creyó el doctor Mendoza en una posible guerra formal con el Perú. Recuerdo que a raíz del asalto de Leticia por los peruanos, le pregunté si sería inevitable una guerra con el país vecino. Me contestó que una guerra a fondo no habría, pues antes de entrar en ella, llegaría el día en que se firmara la paz con la aquiescencia de las mayorías ciudadanas de los dos países contendientes.

A principios del año pasado, cuando ya estaba enfermo, recibió una carta del cuerpo constituyente de España, en la cual se le decía que estaban recogiendo los conceptos de los más grandes internacionalistas del mundo. Por eso se dirigían a él para que emitiera el suyo sobre un artículo que pensaban introducir en la constitución española.—Si mal no recuerdo—dice el secretario privado—era el de la doble nacionalidad española. No sé si alcanzó a dar respuesta a aquella carta. Quizá se lo impidió la enfermedad que ya lo conducía al camino final.

Evoca el joven Marmolejo este bello episodio que un día le contaba el doctor Mendoza. Fué a

raíz de la posesión del doctor Olaya Herrera de la presidencia de la república. Paseándose por el jardín le decía a su discípulo:

—En Bruselas, donde permaneci algún tiempo con mi señora esposa, única compañera de toda mi vida, encontré a Enrique Olaya Herrera, quien por ese entonces estudiaba en la Universidad Libre de la capital belga. Paseábamos los tres y en esa ocasión me dijo Enrique: "Estoy oyendo las conferencias que dicta en la Universidad el profesor Leroy-Beaulieu sobre economía política, y dice lo mismo que usted nos enseñaba en su cátedra del Externado".

Y relataba, con orgullo, a su joven secretario el episodio de Washington:

—Cuando estuve de ministro plenipotenciario en los Estados Unidos—decíale una tarde en que más brillaba el sol—no quise cumplir órdenes de Reyes que consideraba lesivas de los derechos de Colombia. Fué entonces cuando me declaró traidor y me desterró del país. Viajé por Europa durante el tiempo de mi ostracismo. Reyes envió comunicaciones a todos los cónsules de Colombia en Europa diciéndoles que si el traidor Mendoza Pérez llegaba, no lo trataran como compatriota. Esto lo supe al llegar

a Génova, pues el cónsul colombiano, señor Uzcátegui, en esa ciudad, burlando la orden de Reyes, al saber que yo me encontraba allí, fué a visitarme y a ponerse a mis órdenes, y al mismo tiempo me mostró la comunicación de Reyes.

(Más tarde, en Madrid, recibió un cablegrama del congreso de Colombia, después de la administración Reyes, en que se le decía que podía regresar al país, pues contra él no había hallado el congreso nada que justificase el destierro decretado por el dictador).

—El doctor Mendoza era muy sentimental—dice su secretario—y había ocasiones en que parecía un niño. Recuerdo mucho, porque me impresionó hondamente, un día en que estando recibiendo el sol en el jardín de su casa, llegué yo y como siempre, nos pusimos a conversar:

—Qué cantidad de libros tiene, doctor—, le dije afablemente.

—Sí, muchos—contestó—y los he leído todos, pero ninguno me ha hecho feliz. Uno cuando joven es optimista. Cree alcanzar lo que desea. Sufre, batalla y, cuando llega a la vejez, a la edad en que yo estoy, por ejemplo, se desilusiona. Ve que ha luchado y no ha alcanzado lo que perseguía.

Sobre este tema disertó largo rato. Su alumno lo oyó y lo siguió con los ojos fijos en la amplia frente del educador. En aquel momento—dice—vi todo el misterio de la vida; lucha y más

lucha tras una ilusión que huye presurosa de nosotros. Fué una hora de sentimentalismo, como muchas otras en la vida del doctor Mendoza Pérez.

La conversación de aquel día terminó con esta sentencia:

—"No pase el puente antes de llegar a él".

Ahora el alumno de las confidencias se pone triste y dice:

—Nunca volveré a encontrar un corazón más bondadoso que el suyo. No se fijaba siquiera a quién le hacía el bien. En más de una ocasión me dijo: "Averigüe por el estudiante tal. Dónde vive, dónde come y si le alcanzan los recursos que tiene, porque tengo que ayudarlo". No había institución de beneficencia en la que el doctor Mendoza y su esposa no fueran los primeros contribuyentes.

Después de hojear un cuaderno de apuntes, agrega Marmolejo:

—Una mañana, hablando de lo difícil que es ahora entrevistarse con los altos personajes de la política que ocupan puestos en el gobierno, decía con marcado desdén:

"En tiempos anteriores todo era más sencillo. No había necesidad de mil reverencias, de saludos y de largas esperas para hablar con un alto empleado. Hoy tiene uno, primero, que hablar con más de mil lacayos y porteros para que le puedan conceder una entrevista con un personaje de las altas esferas oficiales.

Al enterarlo su secretario de que un estudiante lo aguardaba para una recomendación que le había ofrecido, manifestó con displicencia:

—He dado muchas recomendaciones y casi ninguna ha sido atendida. Es claro. Si yo estuviese actuando en la vida pública, metido en la política y tuviera algo que dar, todas mis recomendaciones serían atendidas, en la esperanza de lo que yo pudiera retribuir. Pero, como nada tengo que ofrecer, es lógico que nadie quiera atenderme.

Cuenta su secretario que la única obsesión era volver al Externado a dictar su clase de sociología, que era la que más amaba. El martes de la semana anterior a la de su muerte, el doctor Mendoza le dijo a su alumno de confianza:

—El lunes de la semana entrante iré al Externado. Pero he quedado muy débil y necesito que me compre un bastón para apoyarme.

Marmolejo le habló entonces del hermoso cuadro que se veía en la Facultad cuando los trescientos diez alumnos, animaban todas las tardes, con su juvenil presencia, los claustros venerables.

—No pierdo la esperanza de ver ahora ese cuadro—dijo el eminente educador, y lloró como un niño a quien se le escapa un pedazo de pan.

Antolín Díaz

Tiene Ud. Dispepsia?

Se cura fácilmente usando

SAL UVINA

en su dieta.

AGRURAS - FLATULENCIA - MAL
ALIENTO - DOLORES DE CABEZA

Síntomas todos de que
su digestión anda mal.

Desaparecen **RAPIDAMENTE** con
el uso de la

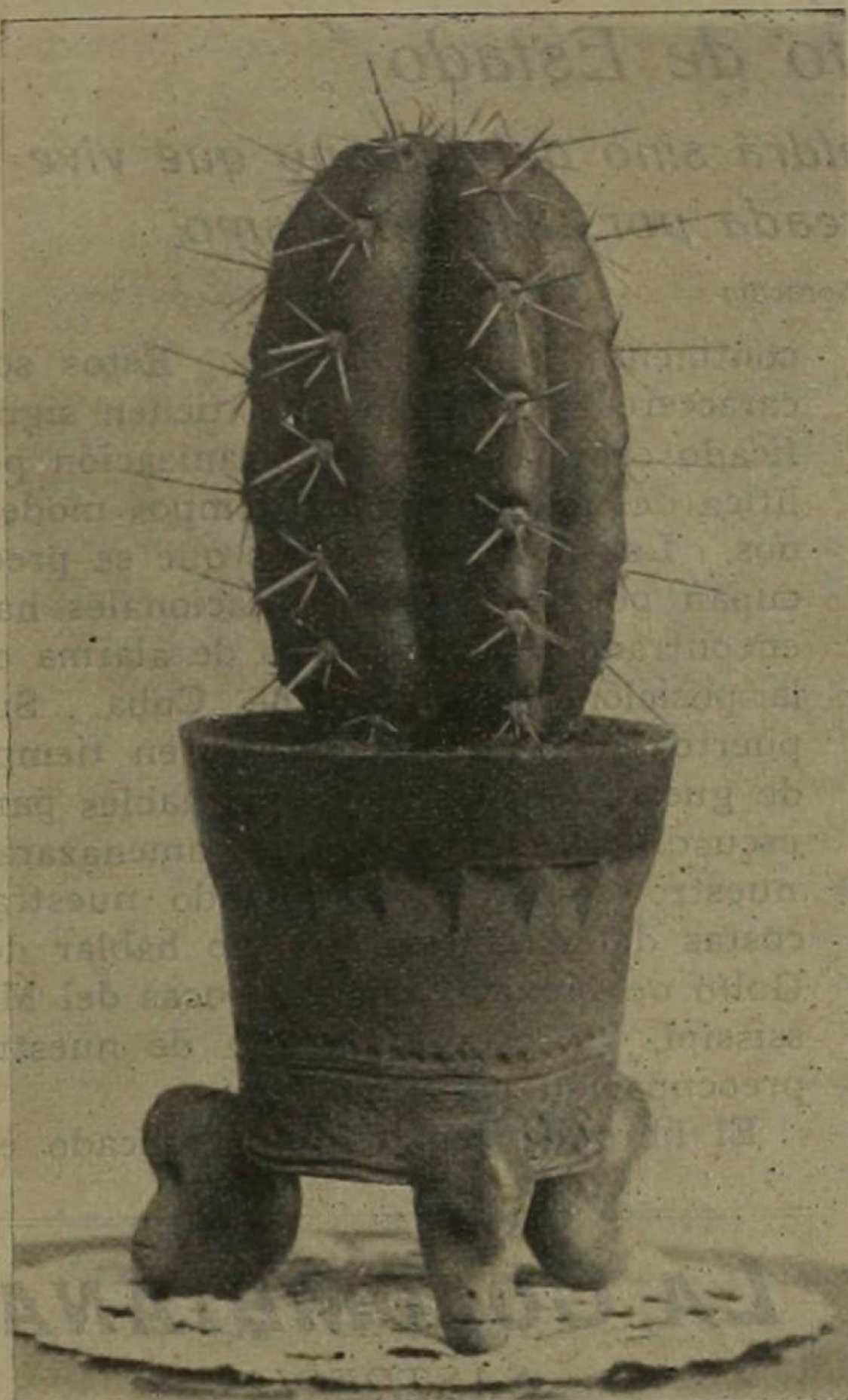
SAL UVINA

HERMANN & ZELEDON
BOTICA FRANCESA

EN "La Lectura" de Miguel A. Guzmán (Callejón del Rey, Poniente, 160, Guatemala, Rep. de Guatemala) halla Ud. el *Repertorio*.

El cardón

=Envío del autor. San José, C. R.=



Brote nuevo de cardón

Lemaireocereus aragoni (Weber),
procedente de Alajuela, Costa Rica

Así como entra un rayo de sol por la ventana, podemos introducir en nuestras habitaciones el brote nuevo de cardón para dar una pincelada de verdura sobre el tapete bordado a mano y la maceta fabricada con arcillas del país: el presente grabado es una nota del arte rudimentario, que marca un sendero transformable en amplia avenida de la cultura nacional decorativa.

El hecho de haberse reproducido una misma fotografía del cardón en dos importantes publicaciones, primero en el Boletín de Fomento, y después en "Las Cactáceas" de Britton y Rose, parecía que fuera una planta rara; pero se halla en las cercas de la vertiente occidental del país, desde Tres Ríos hasta la costa del Pacífico. Sin embargo, queríamos verla en su estado silvestre, donde nadie la hubiera sembrado, y la encontramos en las rocas del Golfo de Nicoya, aunque pudiera resultar una variedad diferente, por tener la flor más pequeña, de seis centímetros solamente, con los pétalos color de rosa, y sin abrirse completamente, sin formar cabezuela; también el cascarón de un fruto viejo parecía tener un tinte rosado por dentro, cuando en la forma corriente, el interior del fruto es de un blanco puro.

El fruto del cardón se abre en cuatro o cinco gajos, sin desprenderse de la planta, para tirar al suelo cerca de trescientas semillas negras, del tamaño y forma de las de la guayaba.

En la ensenada de Gigante se halla el cardón sobre la roca, sombreada por árboles regularmente coposos, en compañía de una tuna pequeña, rastrera, que tiende sus palas, una en pos de la otra, sobre el costado de la peña, cual si deseara bañarse con el salpique de las olas durante la marea creciente.

Nuestras dudas sobre la identidad o divergencia entre las formas del cardón costero y el cultivado en las cercas de la meseta central tienen su fundamento en la variedad morfológica de estas plantas, pues hemos visto en Alajuela dos retoños de un mismo tronco, uno con seis costillas y otro con siete, y los hay de cinco y de ocho costillas; las aréolas de espinas son más uniformes en número, pero varían mucho en tamaño, según la edad del renuevo.

Con respecto a la tuna rastrera de Gigante, que podría llamarse *Opuntia reclinata*, sus palas son pequeñas, algunas de 7 centímetros de largo, por cinco de ancho, y las mayores de 12 centímetros de largo, por ocho de ancho. Las palas viejas toman un color moreno y las nuevas son verdes; unas y otras tienen aréolas con una o dos espinas delgadas, cortas, y multitud de espinitas amarillas, que se agarran a la piel de nuestras manos cuando se coge la planta. Pero lo característico de esta especie son los frutos color de carmín por fuera y por dentro, con pocas semillas envueltas en pelusa y relativamente grandes. Estos frutos tienen forma de pera, como los de la *O. jamaicensis*, pero miden 40 milímetros de largo por 23

de diámetro, y la planta es totalmente diferente de la forma antillana, pues no se yergue, ni tiene espinas largas.

Hay en la provincia de Guanacaste un arbusto espinoso, casi un árbol por su altura, que se emplea para cercas y que se conoce con los nombres de mateare o puipute. Desde principios de este siglo entró en la nomenclatura científica con el nombre de *Pereskia nicoyana*, Weber. No parece pertenecer a las cactáceas por tener hojas ovaladas, pequeñas, carnosas, casi sentadas, a veces opuestas, alternas o en fascículos y verticilos, con largos pelillos blancos en las axilas de las hojas tiernas. Las flores se presentan en forma de rosetas de color amarillo rojizo, con el ovario protegido por algunas hojuelas. En la página 8 de las "Plantas Usuales" publicó el señor Pittier una fotografía tomada en la Bahía de Salinas, hace 43 años, en que apare-

ce una de estas plantas entre la vegetación costeña del Pacífico.

Una de las plantas importadas del Brasil que más lucen en las colecciones de cactus pequeños es seguramente la *Hariota salicornioides* (Haworth), sobre todo a principios de agosto, cuando se engalana con flores de color amarillo naranjado, cual si fueran hechas de cera reluciente. Nadie podría imaginarse una cactácea de tallo y ramificaciones cilíndricas, de tres centímetros de largo, en forma de mazas, que se multiplican en verticilos, de tres en tres, como si obedecieran a un principio geométrico preconcebido, en una miniatura tan pequeña que apenas alcanza un decímetro, con maceta y todo. Sus flores, sentadas sobre la terminación de cada ramita, se abren de día y se cierran de noche para volver a despertarse en las primeras horas de la mañana siguiente. Cada ramita, con su flor terminal, remeda una brocha empapada en pintura amarilla, formando el conjunto un ramo encantador. Debemos a don Alfredo Brade la propagación entre nosotros de esta preciosa joya vegetal.

Se conoce con el nombre de bailarina otra planta originaria también del Brasil, que se halla cultivada en los jardines de muchos países, porque se aclimata con facilidad y ocupa poco espacio. Toda la planta está compuesta de ramificaciones planas, de tres a cuatro centímetros de largo, con el borde escalonado; su color es verde tierno; la terminación de cada paleta parece que estuviera truncada, y de allí toman su origen una, dos, tres, hasta cuatro ramificaciones igualmente aplanadas. Las flores se presentan en la terminación de las ramas, al entrar la primavera: son bastante grandes, colgantes, a manera de fucsias color de púrpura, más o menos clara o escarlata, en las diversas piezas de la flor. El pequeño fruto es también purpúreo, pero rara vez se forma en las plantas cultivadas, quizá por falta de fecundación del ovario; como buena epífita prospera y florece entre las orquídeas. Aunque se le han dado muchos nombres latinos en el último medio siglo, debido a sus variantes de hibridación, se la conoce con el de *Zygocactus truncatus* (Haworth), que está aceptado por los botánicos especialistas en la familia de las cactáceas.

La altiplanicie en que vivimos, a 1160 metros de altura sobre el nivel del mar, con una temperatura de 22 grados centígrados, poco variable, y la humedad atmosférica, debida a la estación lluviosa, copiosa y larga, permiten a las plantas importadas aclimatarse y prosperar, quizá mejor que en su patria de origen, así procedan del Norte o del Sur, pues lo mismo que anotamos de esta planta brasilera, lo podemos observar en las orquídeas de Colombia o en los cactus de Honduras, México y California: al cariño con que se les cuida corresponden llenándose de brotes nuevos y de flores, que satisfacen al gusto refinado en las familias de cultura superior.

Anastasio Alfaro

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

50 varas Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

Estampas

Lo de Cuba es puro imperialismo nacido en el Departamento de Estado

La redención de Cuba no saldrá sino del cubano que vive en la agonía terrible creada por el imperialismo

= Colaboración =

Con la fuga del sanguinario y nefasto dictador Machado los que no tienen del imperialismo yanqui sino un vago concepto, gritan atolondrados que el segundo Presidente Roosevelt se ha prestigiado enormemente. Y hasta plantean ya próximos derrocamientos de otras tiranías de la América nuestra. El segundo Roosevelt saldrá de la Casa Blanca aclamado por estos pueblos atropellados por la barbarie de las dictaduras y aureolado con el título de libertador.

Contra esa ignorancia deben luchar los que saben que el imperialismo yanqui no es fantasma sino realidad que nos sume en las mayores desgracias. Lo de Cuba es puro imperialismo nacido en el Departamento de Estado. Las tiranías se gastan y la del sombrío Machado era ya cosa gastada para el imperialismo. Un pueblo heroico la había sufrido ocho años rebelándose constantemente. Fueron ocho años de inhumana conquista imperialista. Y como en todo existen ciclos, completado este del machadato, el Departamento de Estado regido por el segundo Roosevelt resolvió iniciar el que a su administración corresponde. Por esto quiere el imperialismo atribuirse la fuga del corrompido Machado. Sólo que no a todos volverá agradecidos ese Departamento de Estado que protegió y emponzoñó a un gobernante que entregó todos los recursos económicos de Cuba a la plutocracia yanqui que es, en resumen, la que hace y deshace en el drama imperialista.

El ciclo del segundo Roosevelt no puede engañar a los que conozcan la verdadera posición de Cuba dentro de la geografía de las conquistas imperialistas. Valgámonos en esta hora de credulidad estúpida de los propios testimonios de los norteamericanos que denuncian esas conquistas. Citemos de "Nuestra Colonia de Cuba" a Lelan H. Jenks: "Cuba es la mayor de las islas adyacentes al continente americano. Desde que en 1819, España nos vendió la Península de Florida, Cuba ha sido nuestro vecino más próximo, aunque separado. A pocas horas de navegación de nuestras costas, la isla cierra la boca del Golfo de México, formando el estrecho de Florida y el Canal de Yucatán. Domina la desembocadura del Mississippi. Por su extremo oriental, en el canal Windward, pasan las líneas más directas de transporte desde Nueva York al Mar Caribe y Panamá. Hay en Cuba abundancia de puertos excelentes, que contrasta con la penuria de la ribera

continental opuesta a ella. Estos son caracteres geográficos que tienen significado especial ante la organización política del mundo en los tiempos modernos. Los norteamericanos que se preocupan por los intereses nacionales han encontrado serios motivos de alarma en la posición geográfica de Cuba. Sus puertos podrían convertirse, en tiempo de guerra, en bases inexpugnables para escuadras enemigas que amenazarán nuestro comercio, dominando nuestras costas del Atlántico, por no hablar del Golfo de México y de las bocas del Mississippi. Y esta es la raíz de nuestra preocupación por Cuba".

El libro de Jenks fué publicado en

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

F. A. GOMEZ Z.



Encontrará los mejores Casimires Ingleses, los mejores materiales, los mejores operarios y los más bajos precios.

HAGA UNA VISITA y será atendido

Teléfono 3283

Frente al «Siglo Nuevo»

1929 y está nutrido de acusaciones terribles contra el imperialismo desarrollado por los Gobiernos de los Estados Unidos a partir de la independencia de Cuba. Las afirmaciones que hemos transcrito dan al observador despierto la clave de todos los desvelos yanquis por la isla condenada a los ataques de una conquista inhumana. Cuba sirve, allí en donde está, para guardar aguas y territorios norteamericanos. Solamente influencias políticas y económicas nacidas del imperialismo pueden actuar sobre la vida cubana. Lo afirmado por el escritor Jenks tiene la base histórica de multitud de documentos que la agresión imperialista ha ido dejando despreocupadamente. No es por eso ocurrencia pueril de yanqui censurador de políticas de vasallaje. Necesitado el imperialismo de la isla, dotada de admirables caracteres geográficos, ha tratado por todos los medios de reducirla a su dominio. Sólo que el pueblo que habita es reacto a la anexión que se le ofrece y se le impone. Por esta reaciedumbre ha cogido el Departamento de Estado el camino de dar el mando al descastado. Con él es pronta la conquista. Los terribles intereses yanquis, valiéndose de gobernantes sostenidos por ellos a sangre y fuego, han ido quitándole al cubano su suelo y sus riquezas naturales. Cada tiranuelo ha tenido la conexión humillante con la plutocracia imperialista. Conexión no buscada desde el ejercicio del mando sino llevada ya al mando. Las desgracias de Cuba son originadas por estos entendimientos entre los descastados y la piratería del Norte. Como la isla tiene que guardar la entrada al mar y al territorio de los Estados Unidos, la mejor manera de que sea total la custodia es metiéndose a la isla y volviéndose dueño de ella. Y nada más eficaz para tales adquisiciones que el Poder en manos del sumiso sin conciencia, corrompido hasta chorrearle la pudrición.

Tal ha sido el caso del sombrío Machado, explotado durante ocho años por el Departamento de Estado, que necesitaba que la plutocracia yanqui fuera dueña del territorio laborable, de las minas, de los ferrocarriles, de las industrias, de la banca. Machado completó la conquista iniciada por el imperialismo desde que Cuba adquirió independencia. Ahora la tarea del Departamento de Estado es proteger lo que ocho años de satrapía dieron a la organización imperialista. Por esto el segundo Roosevelt ha adoptado posturas de libertador del pueblo cubano.

Sólo que el fariseísmo no deja lucir en Cuba al Presidente Roosevelt. Las generaciones nuevas tienen la profunda conciencia de lo que significa en sus desgracias el imperialismo yanqui. De esas generaciones visionarias es Juan Marinello y cuando el machadato amparado por el Departamento de Estado era omnipotente, él dijo con valor: "Cuiden tanto, cuiden más, que un poder económico extranjero y rapaz se

adueñe de las fuentes de riqueza, domine la actividad pública, sitúe al natural en la desesperación y la miseria, y apañe, apunte y sostenga al gobierno inhumano". El poder económico acusado por Marinello es, entre otros, la Electric Bond and Share, el Chase National Bank, el National City Bank; es la International Telephone and Telegraph Company, es la American Sugar Company. Poder sin límites, sosteniendo en el gobierno de la nación, a un sumiso como Machado. Ya dijimos que para ese poder extranjero Cuba sigue siendo nada más que la factoría. Lo sigue siendo para el segundo Roosevelt, que no puede hacer a un lado la organización imperialista. Tiene que servirla con todas sus fuerzas y con la misma fiereza de sus antecesores. Para servirla se ha desentendido de Machado, que estaba ya gastado después de ocho años de latrocinio y de crímenes en bien del imperialismo yanqui.

Se encuentra el segundo Roosevelt con gente a la que no engañará. La redención de Cuba no saldrá sino del cubano que vive en la agonía terrible creada por el imperialismo. Marinello vuelve a decirnos: "Pero, aunque Roosevelt lo eche (a Machado), aunque cese la inhumanidad de ahora, el complejo integrado en Cuba por el capitalismo financiero de los Estados Unidos, determinante de una labor gubernativa deformadora, antihumana, nos mantendrá en trágica angustia". Es decir, plantea toda la tragedia creada por el Departamento de Estado. A Cuba la aprisiona la piratería yanqui y nada más que el cubano que ha acabado con Machado, puede poner fin a esa piratería. Mentira que Roosevelt tenga en su ánimo el impulso de ayudar a un pueblo a salir de sus desgracias. Deje el simplón de vocear su necesidad y dése cuenta de que ni una sola de las estacas clavadas en la entraña cubana durante los ocho años de machadato será falseada por Roosevelt. Dése cuenta de que hizo mal gesto a Machado por conveniencia simplemente. Ya los escritores yanquis que escribieron relatando las atrocidades de la tiranía cometidas con la complicidad de la Embajada norteamericana en Cuba, habían dicho al Departamento de Estado que el gobierno de Machado era inconstitucional. Habían dicho recio que esa inconstitucionalidad implicaba, a la caída de Machado, el desconocimiento de las obligaciones contraídas por el tiranuelo. De modo que advertidos de que el sátrapa estaba minado, pidieron los intereses yanquis que ya no necesitaban a Machado para mayores pillerías, que le quitara el apoyo e hiciera el Departamento de Estado como que había llegado el momento de libertar al pueblo cubano. Puro fariseísmo. Ninguna libertad tendrá Cuba si su salud económica no se la devuelve el yanqui que se la ha robado con la complicidad de gobiernos de Cuba y de Estados Unidos.

Y como no ha de ser el señor Roose-

velt el que limpie siendo ejecutor de una organización imperialista avasalladora, la redención la espera el cubano de su propio esfuerzo. Sabe, como lo ha afirmado Marinello, que "si Roosevelt termina el terror cubano, será sólo para proyectar sobre Cuba la acción de sus banqueros e industriales, para remodelar a su capricho y conveniencia la posesión yanqui de la isla". Y como lo sabe y tiene conciencia de los males sombríos del imperialismo desarrollado por el Departamento de Estado al servicio de la plutocracia yanqui, denuncia sin cesar los males que a Cuba ha traído el conquistador extranjero. A esas denuncias debemos prestar oído porque son la voz noble salida de corazones que sufren. En esta hora en que huye vencido por el repudio cubano un déspota corrompido por los amos yanquis que lo usaron para las más grandes atrocidades, precisa decir la verdad. Esos amos pretenden no tener culpa en las desgracias de Cuba. Pero es a ellos a quienes señala la acusación honrada de esta América acosada y maltratada por el imperialismo yanqui. Los caracteres geográficos de Cuba han hecho codicioso al imperialismo. De modo que cuando se

lo ve activo tratando de ordenar la vida política y económica de la isla no hay que suponer que está en la inmensa tarea de devolver una libertad que le interesa mantener en secuestro. Está nada más que señalando nuevos sitios para clavar nuevas estacas más llenas de garfios. No quiso sostener al sátrapa porque ya le pesaba y le hacía estorbo la expansión. No opuso obstáculos al pueblo cubano que le tenía preparada la caída hace años. Pero quiere presentarse como libertador. Estemos despiertos.

Sigamos al cubano de las generaciones nuevas y condenemos al cubano de las generaciones descastadas que es "el producto de un lamentable pasado colonial y de una presente colonial gravísimo", según afirmación de Marinello. El cubano limpio quiere redimir el suelo laborable y entregarlo al trabajador que hoy padece persecuciones del latifundista. Quiere ese cubano de honor crear un estado de libertad de la banca y de las industrias para que Cuba tenga el dominio de sus propias riquezas y no sea vasalla del imperialismo. En esta lucha formidable debemos seguir al cubano y denunciar al conquistador. Trabajar por Cuba es trabajar por esta América metida dentro de la red imperialista. No nos hagamos ilusiones y luchemos. Organicemos la defensa y así el Departamento de Estado dará a cada paso con gente sensible a los menores movimientos del imperialismo. Porque no existe hoy esa sensibilidad y sí una chatura lamentable para percibir siquiera que en la actitud del segundo Roosevelt ante las desgracias cubanas no hay sino fariseísmo intolerable.

Juan del Camino

Costa Rica y agosto de 1933.

INDICE

ENTERESE Y ESCOJA:

Arturo Capdevila: <i>El Apocalipsis de San Lenin</i>	5.00
André Dognon: <i>Compendio de Físico-Química Biológica y Médica</i>	6.50
Ernesto Reguín: <i>Las reglas jurídicas</i> (Estudio de ciencia jurídica pura)	5.50
<i>Cartas de Bolívar. 1823-1824-1825</i> (Con un apéndice que contiene cartas de 1801 a 1822). Notas de R. Blanco-Fombona	7.00
Ramón Menéndez Pidal: <i>El romancero</i> . (Teorías e investigaciones)	3.00
Guerra Junqueiro: <i>Sus mejores poemas</i>	4.00

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

Soliloquios de Unamuno

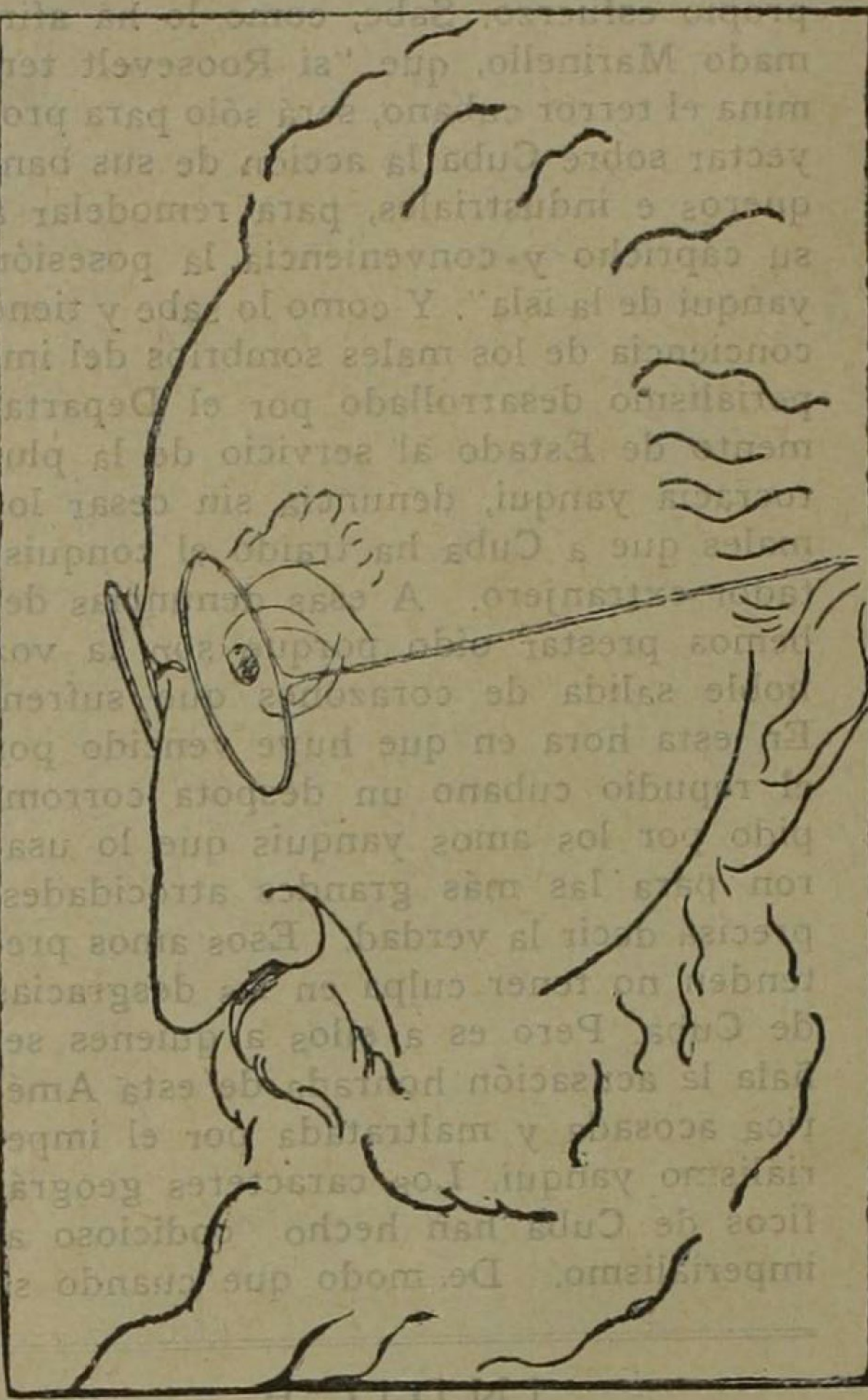
= De Luz, Madrid. =

Miguel de Unamuno: *Avant et après la révolution*. Traduit par Jean Cassou. Les Editions Rieder; Paris, 1933.

Es en uno de los más bellos rincones pirenaicos del tierno paisaje vasco-francés. Por las carreteras de Hendaya, florecidas en las márgenes de caseríos blancos y prados esmeraldinos, a dos pasos del puente internacional, en la raya de España y Francia—miqueletes de boina roja y carabineros rubiamente bigotudos—, viendo ponerse el sol en las estribaciones del Jaizquibel, pasea casi todos los atardeceres su murria nostálgica y su patético destino un deambulante solitario. Recto, decidido, su figura se alza estricta—sin bastón, abrigo u otros adminículos—, con un aire de pastor anglicano. Y su barba blanca se destaca sobre el negro chaleco cerrado. Hombre indomeñable, obseso, solitario. Aunque nunca nos hubiésemos tropezado con él, al punto le identificaríamos. Es don Miguel de Unamuno, el clamoroso desterrado. El hombre que, a dos pasos de su tierra española, “a la vista tantálica de su España vasca”, remeje su nostalgia de la patria “que le duele en el corazón”. Y añora su lejana Salamanca, de las piedras doradas, y la vista de las cumbres de Gredos, y también evoca los días de Fuerteventura, la desolación pétrea de la isla que su pasión ascética trasfiguró en oasis.

Fué entonces, fué en los días de Hendaya, cuando Unamuno hilvanó las páginas ardorosas del relato “Cómo se hace una novela”—que antes había escrito en París—, o, mejor dicho, les añadió las interpolaciones y digresiones en que abundan; precediéndolas del prólogo que Jean Cassou habíales puesto, cuando aparecieron por primera vez en el “*Mercur de France*”, y apostillándolo con un comentario. Este conjunto tan heterogéneo, pero dramático y sustancial, fué reunido en un volumen que bajo el título “Cómo se hace una novela” apareció en Buenos Aires, en 1927, simultáneamente con otro libro de Unamuno, “*Romancero del destierro*”, que aun no se han cuidado nuestros editores de publicar aquí, por cuyo motivo siguen siendo ignorados de casi todos los lectores estos dos libros fundamentales en la producción unamunesca de su época más pasional.

Pues bien, estas mismas páginas volvemos a encontrárnoslas ahora constituyendo el núcleo del reciente libro “*Avant et après la révolution*”. Cassou ha unido a ellas una docena de artículos de Unamuno entresacados de la producción periodística del mismo en el primer año subsiguiente a la República. Tal es el contenido de este libro, por encima de cuya aparente desemejanza aparece el profundo sentido de unidad característico en todos los escritos unamunescos.



Miguel de Unamuno

Por consiguiente, en cualquier lugar del libro nos topamos con el más genuino Unamuno, con el de “después”, que es el mismo de “antes”. Pues la fiebre de su espíritu no ha cedido, y el noble rebelde antidictatorial de ayer es hoy el protestatario y republicano. El hombre que mejor encarna—con todas sus grandezas y debilidades—la actitud de la inteligencia, los deberes del intelectual genuino, refractario a todo pacto y concesión. El “clérigo”, que no sólo se niega a “traicionar”—diciéndolo con las palabras ya corrientes de Julien Benda—, rehusando servir otros intereses que no sean los del espíritu, sino que ha osado—superando todo reproche de anacronismo, aunque ya sé que esto no cuenta para quien vive en la eternidad, para quien ha hablado de la “momentanización de la eternidad”—defender los fueros del individuo por encima de toda razón estatal, entonar patéticamente el canto de cisne del liberalismo.

Esta y no otra—pese a los asombros que haya promovido—era la reacción que cabía esperar de quien, como Unamuno, es fiel a sí mismo, más allá de las aparentes contradicciones, de quien como él vive por y para la pasión y ha hecho de la contradicción la última medida de la verdad. Por eso confrontar sus escritos de “antes y después de la revolución” es—como escribe Cassou—emocionante, puesto que representa la grande, la eterna tragedia del tránsito de la razón pura a la razón práctica y el invencible estremecimiento de la pri-

mera ante la segunda. “¿Desilusión?—agrega el agudo prologuista, que tan bien ha calado en la esencia de Unamuno—. Esta palabra sería inexacta, puesto que la ilusión no ha habitado nunca en el corazón demasiado lúcido y demasiado apasionado de don Miguel. Lo que más bien encontramos aquí es esa avidez, esa furiosa avaricia del hombre de carne y hueso que trata desesperadamente, como en el umbral de la muerte, de retener a su España en el umbral del cambio de apariencia, de la desfiguración, de la dispersión en el espacio y en el tiempo”.

Hace poco leíamos unas frases muy exactas que Drieu la Rochelle escribía comentando el libro de un fascista disidente, y que contribuyen a iluminar el caso de Unamuno... y de tantos otros: “Un verdadero intelectual es siempre un hombre de partido, pero es siempre un partidario desterrado. Es siempre un hombre de fe, pero, al mismo tiempo, es un heterodoxo. En la historia de los pueblos y de los intelectuales sólo puede haber un corto instante—una vez por siglo, cinco minutos por siglo—en que un intelectual se encuentre de acuerdo con un movimiento político, en el primer día hermoso de una revolución. El resto no son más que peloteras y desacuerdos”.

Quizá por eso el más auténtico Unamuno de este libro se halle en las páginas del destierro. En esas páginas extrañas y conturbadas de “Cómo se hace una novela”, donde asistimos a las angustias y congojas de su personalidad, de su “yo” saturado de sí mismo que intenta inútilmente desdoblarse en un personaje ficticio al que designa con el nombre de “U. Jugo de la Raza”. Pero ni éste llega a adquirir corporeidad propia ni el relato autonomía de tal, pues a cada instante aparece cortado y entrecortado por las reflexiones circunstanciales y las hondas indignaciones que en el destierro sacudían el espíritu de Unamuno. Al apuntar esta objeción, al negar viabilidad novelesca a su relato y considerarlo únicamente como un soliloquio, como los trenos desesperanzados de quien no puede escapar de sí mismo, ya sé que facilito en cierto modo la base de que se serviría Unamuno para refutar tales reproches. Nos diría que en él, el hombre Unamuno—como el hombre Kant, el hombre Pascal, el hombre Kierkegaard de que tanto nos ha hablado—es tanto o más importante que el Unamuno escritor; que lo que él ha pretendido reflejar, tanto en los episodios descosidos como en las alusiones intercaladas de este relato, es la angustia de su yo humano y no del yo ficticio de su personaje.

Y es que Unamuno cada día se torna más “agónico”—la “agonía” en su primitivo sentido griego de pugna o lucha

(Pasa a la página 107)

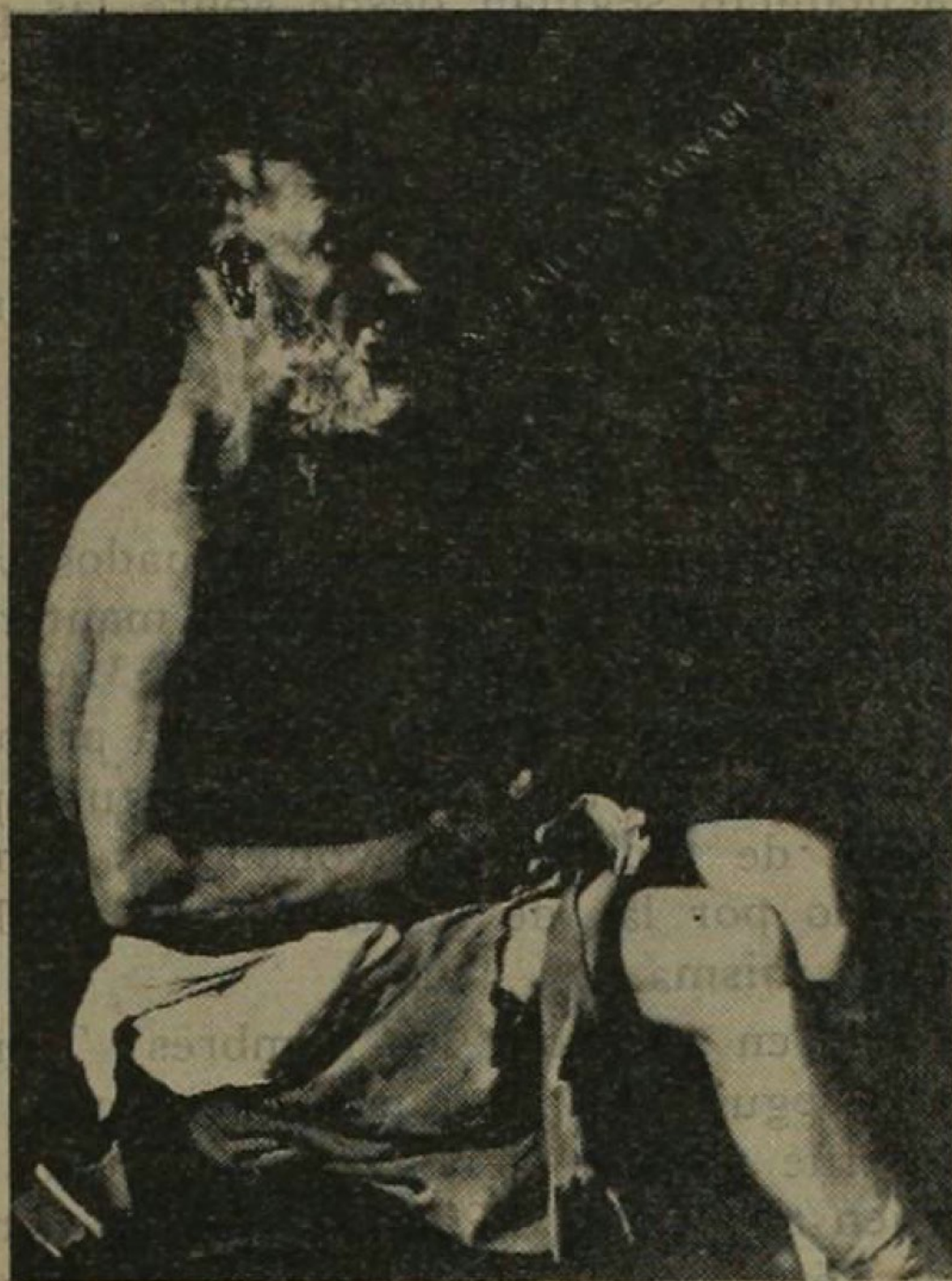
Dos comentarios unamunescos

1.— Séneca en Mérida

“¡Ay, ay, huideros, Póstumo, Póstumo, se escurren los años!”, cantó Horacio, y Virgilio cantó: “¡Hasta las ruinas perecerán!” Pero es al contemplar las ruinas, en que muerden los siglos, cuando se nos antoja que los años, lejos de huir escurriéndose, quédanse y se fijan, pues nada como una ruina robusta da la sensación de permanencia. En ella suele abrigarse vida al seguro. En las pingorotas de los grandes raigones que del antiguo acueducto de Mérida—Emérita Augusta—quedan, anidan cigüeñas, que vuelven cada año. Las mismas de hace siglos. Que si el pueblo campesino cree inmortal a los vencejos, ¿por qué no las cigüeñas? Sus cuerpos perecerán acaso, pero sus ánimas son las mismas, benditas, de las cigüeñas del Imperio Romano y del Visigótico y del Árabe. Y las ánimas de las ruinas tampoco perecen, sobre todo cuando lo son de construcciones construídas, como las romanas, a durar para siempre mientras dure historia. Para las cigüeñas de Mérida que avizoran en redondo el campo, ¿qué es lo que ha cambiado en España? Hay en torno a Mérida, en campos ibéricos, luchas como las que arrastraron la ruina de la civilización cesárea pagana, la de Séneca el cordobés. ¿Ruina? En ella siguen anidando nuestros espíritus civiles; de ella, de esa ruina, se hizo nuestro derecho.

Más triste que las ruinas en sus asientos nativos, en sus solares, es el museo en que se hacían sus cachos ornamentales. En el Museo—cementerio arqueológico—de Mérida nos cabe soñar lo que hubo de haber sido Emérita Augusta. Hay ánima en las estatuas trucas. Al mirar aquella testuz de robusto toro romano soñaban en el escueto y enjuto bisonte ibérico de Altamira. Que no hay para soñar como las ruinas. ¿Qué de ruinas, de ensueños, no se fragua uno al mirar cara al cielo, ruinas de nubes! Museo viene de musa y dice poesía, creación. Poesía de las ruinas que crean y recrean, que se crean y se re-crean, se rehacen.

El teatro de Mérida, a cielo abierto de España. Ha sido desenterrado—¡tanta tradición hispano-romana por desenterrar!—gracias, sobre todo, al benemérito Melida, y hoy, al sol, nos habla de un secular pasado de grandeza. Todo lo que se hizo a durar para siempre vuelve a ser restaurado, de una o de otra manera; sólo perecen las ruinas que se construyeron como tales, a queriendas o sin quererlo. Decíame una vez un campesino señalando a una vieja pequeña ciudad que columbrábamos a lo lejos—sus torres cortaban el horizonte—: “¿qué quiere usted esperar de una ciudad así, perdida en medio del campo?”, y como yo le acotara: “¡y tan llena de ruinas!”, agregó: “desde que las cons-



Séneca

Por Velázquez

“Medea”

De Luz. Madrid

“Medea”. Tragedia de Séneca. Tragedia es fatalismo; catástrofe inevitable; espanto revestido con la difícil gala de lo bello; enemistad esencial entre los personajes; acuerdo imposible; voces cargadas de cuchillos sabios hendiendo el aire en busca de la fibra más sensible; ay radical engendrado en la desesperación por el ayuntamiento de lo bendito y lo maldito; vida desenfrenada contra la vida misma, porque “ciega es la pasión que el odio estimula; no cuida de normas y no soporta freno; ni teme la muerte, y arde en deseos de arrojar, por sí, contra la espada” (versos 591 y siguientes).

“Medea”. Junio de 1933. Representación de la tragedia de un romano andaluz en tierras extremeñas. Andalucía y Extremadura, tierras las más inquietas en estos días tensos de emoción y esperanza del año 1933. Un azar, hilillo ignorado del destino, urdió la cronología con el lugar de esta representación, digna de loa, acordada por el Estado.

Es inevitable, señor, el ver las cosas a través de la atmósfera que en el momento las rodea. La atmósfera española de hoy es el producto de una honda preocupación que pide paz. La “Medea” es una máxima despreocupación que busca guerra. Cordialidad deseada y anticordialidad radicalísima. ¿Por qué no la tragedia como un trozo de espejo en el camino?

Cordialidad implica transigencia e incluso, a veces, rectificación de conducta; pero si ello choca en la barrera de la cólera y obstinación, difícil es de conseguir aquello e imposible en los personajes de tragedia, pues, precisamente ahí radica lo fatal del designio trágico que se cumple inexorablemente. Así Medea, cuando aprende que su marido casa con la hija de Creon y que ella, su mujer, está condenada al destierro, implora al último, que se muestra irrevocable en su orden de exilio. La imploración fosforesce ya en ánimo de una horrible venganza, y por eso las palabras de Medea al rey Creon tienen

(Pasa a la página siguiente)

truyen”. Y éstas son las que perecen en seguida, mordidas por recursos y revisiones de breves años, si es que no, a lo mejor, de breves meses. Sobre lo que se hace a la romana, para durar en la historia, sin prisas, resbalan huideros los años. Mas en las ruinas de nacimiento ni anidan cigüeñas ni respiran ánimas.

En ese teatro romano de Mérida, desenterrado al sol, se ha representado la tragedia “Medea” del cordobés Lucio Aneo Séneca. La desenterré de su latín barroco para ponerla, sin cortes ni glosas, en prosa de paladino romance castellano, lo que ha sido también restaurar ruinas. De las del latín imperial cesáreo surgieron los romances, las lenguas neo-latinas, en que anidaron espíritus cristianizados, mas sin perder su pagania, su aldeanería. El alma popular, laica, dió nueva vida, revivió al paganismo al cristianizarlo y arrancarlo de augures, pontífices y vestales. Los bárbaros restauraron el paganismo al cristianizarlo. Y así es como las ruinas del latín, del latín cesáreo virgiliano, no han perecido. Pretendí con mi versión hacer resonar bajo el cielo hispánico de Mérida el cielo mismo de Córdoba, los arranques conceptistas y culteranos de Séneca, pero en la lengua brotada de las ruinas de la suya. El suceso mayor se ha debido a la maravillosa y apasionada interpretación escénica de Margarita Xirgu, que en ese atardecer ha llegado al colmo de su arte. Sobre el escenario de piedras seculares, bajo el cielo de ocaso, se cerría pausadamente una cigüeña, la misma de hace veinte siglos. Y me sonreí—por dentro ¡claro!—de los aviones mecánicos, que acabarán en ruinas e irán a parar a museos arqueológicos del porvenir.

¿Y el público popular—laico—iletrado—no inculto—, el público del campo y de la calle? Todo debía de sonarle a música. Debía de sentir ruinas de tradiciones seculares enterradas bajo el solar de su alma comunal. La función era algo de solemnidad litúrgica, algo así como una misa civil y pagana. ¿Que no entendían aquellas arrebatadas truculencias de la pasión de Medea? ¿Que no entendían aquellas relaciones mitológicas de Séneca, a quien algunos soñadores le han querido dar como profeta que vaticinó el descubrimiento de América, en un pasaje de su Medea? Tampoco entiende bien ese público la mitología cristiana de la misa y cantada en latín, pero le repercute en las ruinas de creencias que lleva en el fondo del alma y que con el canto litúrgico se le restauran. Y además el atavío y el porte de los coros de la comparsa de los actores, los soldados que al final salen, le deben de recordar los de las procesiones castizas de antiquísimo abolengo pagano.

Que el catolicismo español popular, laico, ha recibido la verdura cristiana sobre roca pagana. Luego rocío del cielo y aguas soterrañas.

En cuanto a la tragedia de Medea nada debo decir hoy aquí de la pasión de la terrible maga — bruja — desterrada que antes de desprenderse de sus hijos, los sacrifica, vengadora, a un rencor infernal. Hay en esa pasión, tremenda, que tan bien comprendió el cordobés

y 2.—*Notas a Lucano*

Mi trato último con Lucio Anneo Séneca me ha llevado, como de la mano, a su pariente Marco Anneo Lucano, de la misma familia—gens—Anneae, de Córdoba. Y apenas vuelto de Mérida y recogido en esta mi librería de Salamanca eché mano de un viejo ejemplar de la Farsalia, entre cuyas hojas dejé, hace ya años, no pocas notas y acotaciones manuscritas. El ejemplar es de Padua y de 1721. Y he aquí que lo primero con que topo en él es con una frase que en mi Comentario "Séneca en Mérida" confundí tomándola como de Virgilio. Es la que dice: "etiam periere ruinae" (IX, 965) "¡perecerán hasta las ruinas!" ¿Qué demonio me trastornó la memoria induciéndome a esa confusión? El mismo que me ha inducido varias otras veces: confusiones parecidas — y aun más graves—: un demonio que se me antoja actúa en España, tierra de improvisadores, más que en otras partes. Pero una vez rectificado ese desliz y puesto en claro que fué otro español—uno es Séneca—quien dijo que, "hasta las ruinas perecerán", me puse a repasar mi antiguo repaso de la Farsalia de Lucano, y ¡cómo, al repasarlo, resucitó la historia actual de nuestra España, cómo revivió lo que estamos viviendo!

Ya en el primer verso de su celtibérica epopeya nos habla Lucano de guerras más que civiles — "bella... plus quam civilia"—y es expresión felicísima que se ha repetido mucho. "Los primeros muros (de Roma) se regaron con sangre de hermanos", se dice poco más adelante. Y aquí está este cordobés cantando al vencido, a Pompeyo, y execrando, pero admirando, al vencedor, a César, al instaurador del cesarismo, que no es ni más ni menos que el fajismo. "La causa vencedora—nos dirá Lucano—plugo a los dioses, pero la vencida a Catón". A Catón, una especie de Don Quijote romano y pagano. Y Lucano, el celtibero, se prosterna ante el que supo desafiar al Hado ante el esforzado Catón de Utica, que se suicidó por no rendirse al cesarismo, al estatismo. Dechado noble, sobre todo en esta gloriosa agonía del liberalismo a que asistimos.

¿También se tiñeron de sangre en guerra más que civil, hermanal, aquellas tierras de la Bética—"ultima mundi" (IV, 148), que no sería forzado traducir por "Extremadura"—hacia Córdoba, y las causas de aquella guerra? La primera el Hado, la Fatalidad, la Suerte,

Séneca, maestro de Nerón, mucho de la tremenda pasión que agita las más típicas tragedias de la historia de nuestra España. ¿Inhumanidad? ¿Hay algo más humano que ella?

Al salir de Mérida las cigüeñas del acueducto seguían desde sobre las pingorotas de sus ruinas avizorando el campo. Luego, cuando vaya a entrar el invierno, se volverán al Africa. Y allí oirán acentos no romanos que también saludaron al sol en estas mismas tierras.

"la envidiosa seguida de los hados y el estar negado a los dioses el mantenerse mucho tiempo" se entiende que en paz y reposo. Y basta con esta primera causa; ¿para qué más? Es la causa primera de todas las revoluciones, empezando por las de los astros. Es la historia misma.

¿Y en cuanto a los hombres? Tienen que seguir al Hado que les arrastra. No les fué posible la neutralidad, "unos siguen al Grande (Pompeyo) o las armas de César; sólo Catón será jefe de Bruto", el tiranocida. "A cada cual le arrebatan sus causas a los malvados combates" (II, 252), cada cual toma partido y con el partido armas por motivos que él se fragua, por antojos, más en rigor arrastrado por la fatalidad, y esto aun cuando crea que lo hace por abrirse camino en la carrera civil o sea política. No se suele tomar partido ni por fe, ni por razón, ni por conciencia; el partidario no suele ser ni un creyente—aunque sea fanático—, ni un razonador, ni un concienzudo. Cuando hay que defender

una suprema injusticia suele decir: "¡es la política!"—broquel, no de bárbaros, sino de salvajes—, o aquello otro de que "la política no tiene entrañas". Y quien no las tiene es el que lo dice. O "¡es la revolución!" Y esto sin comentario.

¿Y César? ¿O sea el Estado, el Estado todopoderoso y absorbente? César necesita enemigos para ejercer su actividad guerrera, le daña el que le falten enemigos — "sic hostes mihi deesse nocet" (III, 364), y así cuando no los encuentra los inventa u hostiga a los resignados a que se le rebelen. Duro trance cuando se nos rinde a primeras aquel contra quien vamos. Hay que provocarle a que nos provoque. Y acudir luego a una ley de supuesta defensa.

Aquella guerra, más que civil, azotó también campos hispánicos, campos celtibéricos. "Aprenderás que no huyen a la guerra los que saben sufrir la paz", hace decir a Pompeyo Lucano. Y a la guerra fueron los "fieros iberos", los "duros iberos", los conterráneos de Lucano, "creyendo que no habían hecho nada mientras quedase algo por hacer". Pobres. ¡Terrible "fecunda pobreza"! ¿Y su religión, entonces? "Añade terror no conocer a los dioses a que se teme" (III, 416). Y allá fueron, prontos a no morir sin matar, a no perder la muerte ("non perdere letum"). ¡Pobres, pobres! "El vencer era poder". ¡Pobres! "Hesperia—o sea España—está erizada de cambreras, sin arar por muchos años, y les faltan manos a los campos, que las piden" (I, 28 y 29). Entonces. ¿Y ahora? ¿Les faltan manos a los campos que las piden? A estaciones sobran manos y

"Medea"

(Viene de la página anterior)

dos vertientes: una de reproche al rey y otra de amenaza que brota de la propia sabiduría y médula, criminal ya, de su entraña; "Cuán difícil es desviar de la cólera a un alma sobreexcitada por ella y cómo se juzga digna y real conducta el obstinarse en el camino emprendido cuando se tiene soberbiamente el cetro son verdades que yo aprendí en mi propio palacio". (Versos 203 y siguientes).

No hay salida; planteada así la cuestión, no hay salida, porque el sometido medita sólo su venganza, y el soberano, descansando en el pensamiento de que es de soberanos el persistir en el designio mientras el poder está en su mano, no escucha bien, desprecia y se descuida, y la muerte se le filtra insensiblemente en la raíz. Creon morirá abrasado en el fuego prendido por la cólera de Medea.

Porque Creon es un obstinado; Medea, una colérica, y su marido, Jason, yerno próximo del rey, es el débil que, por razones de amor filial y fe a Medea, de quien tiene dos hijos, determina, en el tiempo, la catástrofe.

Y es que Medea le implora, le pide siquiera que le señale un sitio a su destierro, no lanzarla a la ventura y lo ignorado. Jason no accede, pero consiente, entre lamentos, dilatar un día la salida de su mujer, que ella aprovechará para su obra. Hay un momento en que Jason vislumbra la verdad y dice: "Cuántas veces la divinidad ha inventado

para mí remedios peores aun que mis peligros". (V. 433 y s.) Lo ve, pero se aferra a su nuevo matrimonio. Lo ve y accede a que Medea se quede allí un día más; porque Jason piensa en sus hijos y en los servicios que le prestó Medea. Ve claro lo que debiera hacer y no lo hace, y al no hacerlo percibe neta su debilidad, y no la combate sino con un lamento bellamente humano: "Non timor vicit fiden, sed trepida pietas". No venció el miedo mi fidelidad, sino mi ternura alarmada. (V. 436 y s.)

Jason voló aquí demasiado alto, perdió tierra y con ello le faltó visión precisa sobre el designio de Medea, quien "no sabe moderar sus amores ni odios, y ahora su odio y su amor han hecho causa común. ¿Qué sucederá?" (Versos 866 y siguientes).

El clamor del coro, ¿qué sucederá?, es un alerta, preludio del gran ay espeluznante del desenlace horrendo.

¿Qué sucederá, qué sucederá en España, en el mundo, si la cordialidad y comprensión se borrarán de nuestras mentes? Nefando es sólo imaginarlo.

Como un grito de renacer (cordialidad y comprensión sin debilidades, o lo que es lo mismo: democracia liberal y eficaz) suene el azar espléndido de la representación de esta "Medea" del andaluz en el anfiteatro de la ciudad extremeña.

Antonio Porras

todo el año sobran bocas para el pan que pueden dar esos campos esquilados. ¿Y el arado? El daño que ha hecho, y seguirá haciendo, si Dios no lo remedia, ese arado—aun queda, en rincones retirados, el romano—que araña en el pellejo de la roca o en el páramo. Y, sin poder sufrir la paz, huyen los pobres a la guerra.

En los tiempos que cantó Lucano, los soldados, los cesarianos, se revolvieron contra la civilidad degenerada—"degenerem... togam"—y contra el reinado del Senado—"regnunque Senatus". Y el reinado del Senado era la República. Y en cuanto triunfó la revolución cesariana, se la siguió llamando República al Imperio y siguió el Senado. O, como si dijéramos, las Cortes. Todas estas ambiguas y equívocas distinciones entre Monarquía y República no existían entonces. ¿Y en cuanto al cesarismo, imperialismo—o napoleonismo—¿qué más da de dónde surge? La suprema encarnación de la Revolución Francesa fué Napoleón. Por otra parte, la dictadura de una facción es tan cesarista como la de un hombre. Y no importa que los cesarianos anden disfrazados de civiles. Que en estas guerras, más que civiles, los que parecen civiles no lo son. Y menos mal si llegan a bárbaros sin quedarse en salvajes. Que hay medidas gubernativas, como esa de los cantones o términos municipales que no son sino salvajería de facción de tribu cabileña. La comunidad bárbara es más universal. Y no se preocupa miserablemente de clientelas electorales. Alberga más humanidad.

¡Es la suerte! ¡Es la fatalidad! ¡Es la política! Dios sobre todo, digamos. O bien: ¡es la Historia! Es la Historia que florece en Farsalias como la de Lucano, uno de los creadores del mito de César y de su mitología. Mito que vale tanto como relato, como nombre. "Nullum est sine nomine saxum!" "no hay una piedra sin nombre" en la Troade, dice Lucano (IX, 969). Y aquí, en su España, dijo no sé quién, "que no hay un palmo de tierra sin una tumba española". Sobre todo en España. Y si hasta las ruinas perecerán, ¿no han de arruinarse las tumbas? Antes las cunas.

He ido a buscar en esas dos cuartillas de letra apretada—como patitas de moscas, que se dice—que guarda mi vieja "Pharsalia" patavina un relativo consuelo para las congojas que costrañen mi espíritu a la visión de esta guerra, más que civil, que desvela los campos crizados de jarales y cambronerías y he sentido que soplabla sobre mí el aliento del Hado. He recordado a Pompeyo, a César, a Catón. Luego a Don Quijote. Y luego me he repetido: ¡Sueños españoles de Dios!

Miguel de Unamuno

AGENCIA del Repertorio en Nueva York: G. E. Stechert & Co., Books and Periodicals, 31 E. 10th St., New York, N. Y.

Versos inéditos

=Envío del autor=

VEN, CORAZON, AL MAR...

Ven, corazón, al mar, que, plañidero, eterno, inquieto vibra; y no hay ninguna ola sin alma; y todas cantan una canción alegre del amor postrero.

Puede el amor del mar, ser más sincero. Puede el amor del mar, bajo la luna, ser más propicio al bien y a la fortuna que aquel amor que se llamó el primero.

¡Ven, corazón, al mar! Allí te espera, con su ilusión perenne, la esperanza de la onda azul que muere en la ribera, y que ama siempre lo que nunca alcanza, ¡que es poca para amar la vida entera y el amor, como el mar, jamás se cansa!

AUTO-MENSAJE

Corazón; No desmayes todavía; piensa que nunca es tarde para amar, y que Edmundo Dantes bien lo sabía: "La ciencia de la vida es esperar".

La noche es negra, pero engendra el día; y hasta los grandes lloran por triunfar. Corazón, no sucumbas en la vía; hay que sufrirlo todo, hasta llegar.

Demuéstrale al desdén lo indespreciable, y, pues, tu pensamiento es inefable y ya los hombres no podrán matar, espera, corazón, sueña y olvida, que amando mucho sanará tu herida y la mayor victoria es olvidar!

REALEZA MAXIMA

Se bañó en luz de Sol su pluma egregia; cantó al Creador en lengua sacrosanta,

y habló tanta moral y verdad tanta que funda, entonces, una estirpe regia.

Rey en Jerusalén y sabio en Grecia; fué tirano en Gomorra y en Sodoma; al planeta domina, desde Roma, y da su ley al Mundo, sabia y recia.

El genio asciende; asciende hasta Jesús; se convierte en fanal, sobre el Calvario, y al Universo alumbra con su luz.

Destruye a Cayo Julio el Calendario, y surge de su reino solitario la sublime enseñanza de la Cruz.

JESUS DE NAZARET

De regia estirpe, y Príncipe heredero del trono de Israel,—contra la guerra,—que prefirió, al dominio de la tierra, morir bajo la infamia del madero.

Su amor, como el de Dios, fué el más sincero que tuvo el hombre, que al dolor se aferra, y como un Sol le iluminó el sendero que abarca el bien y la verdad encierra.

Su verbo, que era luz, hizo prodigios! De Roma no quedaron ni vestigios, y sus velos rasgó la idolatría...

¡Ya sólo falta al Ideal,—hermanos!—que se desprenda de la Cruz, un día, y ahogue al capital entre sus manos!

Ramón Vargas Hicher

Panamá, 1933.

Soliloquios de Unamuno...

(Viene de la página 104)

interior, según el concepto que ha restituido a esta palabra en su hermoso libro "La agonía del cristianismo". Todo se le vuelve problema y dramatismo. "Está amasado con antítesis", escribe Cassou. Juega con las antinomias y él mismo se complace en provocarlas, volviendo del revés los argumentos con una destreza infatigable. ¿Para qué, en fin, de cuentas? Para luego reducirlo todo a la nada. "Nadismo" es justamente la palabra—más exacta que nihilismo—inventada por don Miguel para definir su postura. De ahí que su envión no nos lleve a ningún sitio. Y nos deje clavados al borde del abismo metafísico. Sin salida, aumentando una sed que no satisface.

En las páginas finales de "Cómo se hace una novela" cita una sentencia de

San Agustín en sus "Confesiones" — "mihi quaestio factus sum" — e insiste en que él también se ha hecho problema, cuestión, proyecto de sí mismo. Tomemos, pues, estas páginas como lo que son: como un resumen de sus atormentadas cavilaciones egocéntricas en un momento crucial de su vida. Y hagamos conocer a todos, para ayudar mejor a identificarle en sus verdaderos rasgos, este párrafo tan luminoso con que le retrata Cassou, tomándole prestado su sistema: esto es, su técnica de martillazos y de antítesis: "Don Miguel de Unamuno es hombre en lucha consigo mismo, con su pueblo y contra su pueblo; hombre hostil, hombre de guerra civil, tribuno sin partidarios, hombre solitario, desterrado, salvaje, orador en el desierto, provocador estéril, paradójico, vano, inconciliabile, irreconciliable, enemigo de la nada y a quien la nada atrae y devora, desgarrado entre la vida y la muerte y resucitado a la vez, invencible y siempre vencido".

Guillermo de Torre

EN Quito, Ecuador, consigue el Repertorio con el Dr. J. E. Muñoz (Plaza Victoria, 172). En Guayaquil, Ecuador: con la Librería Janer.

DOCTOR
EDUARDO FOURNIER QUIROS

MÉDICO Y CIRUJANO

Despacha en la Clínica del Dr. Figueres

CONSULTAS:

De 10 a 12 y de 3 a 5

Arte popular

= Colaboración =

En Costa Rica hace ya muchos años los hombres del campo adornan sus propias carretas haciéndoles diseños en los que se realiza con líneas y color una imaginación de creador primitivo. Sobre un fondo luminoso de bermellón casi siempre, que es como el dorado de los bizantinos, llenan los espacios laterales, las compuertas, las ruedas y el yugo con decoraciones que probablemente hayan comenzado siendo una adaptación de las pinturas murales de las iglesias; pero estos fríos diseños contemplados y asimilados por almas de rústico, se han hecho cálidos al reaparecer con otros componentes que los hacen más valiosos. Las líneas decorativas muy abundantes han debido resolverse en nuevos giros que toman formas características de vigorosa armonía porque crecen al rededor de un núcleo fuerte, un elemento bien formado y a veces complejo



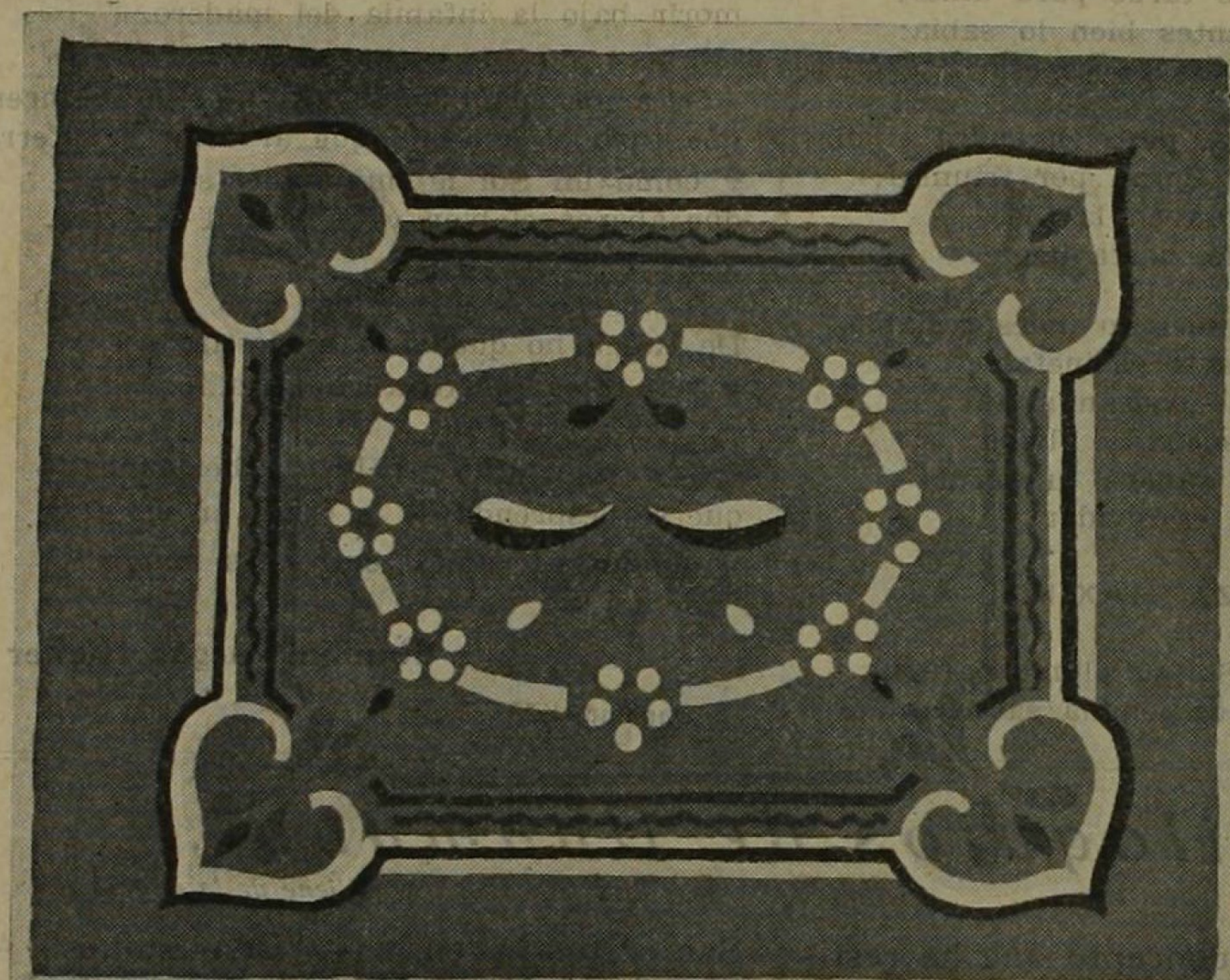
Tempera, de F. Amighetti

tan variadas son un pesado mueble colonial lleno de suntuosidad y sólo por inconciencia se las puede ver como algo trivial. Tampoco son esa cosa irrisoria que los turistas retratan para llevarse con ellas la fotografía de nuestro atraso ni las reproducciones en dibujos o postales que algunos explotan torpemente. Dentro de nuestra vida agraria las carretas son toda una realidad orgánica tan útil, tan indispensable e íntima para el campesino que éste ha sentido la necesidad de decorarla como a una arca sagrada en la que se vacían las cosechas y con ellas el trabajo que puso a sudar las frentes. El hombre del campo la ama, la lleva a una fiesta del año para que reciba bendición e inspirándose en ella ha creado una maravillosa leyenda según la cual por la noche se oye con claridad el ruido siniestro de una carreta de la que no tiran bueyes y que es denunciadora de males.

Cosas como éstas, tan adentradas en los pueblos, han de cuidarse y estimarse más. Nuestras ciudades hechas a menospreciar al concho no pueden valorizar con justicia lo que hace. Cuando hablan de becas para que una determinada persona vaya a los centros europeos a estudiar pintura y arte me da por pensar en estos artistas anónimos y oscuros que hay en los campos y las escuelas a costa de cuya educación estética asisten nuestros muchachos por varios años a las academias europeas donde hay profesores que no admiten al Greco ni a Goya.

Emilia Prieto

San José, C. R., Agosto del 33.



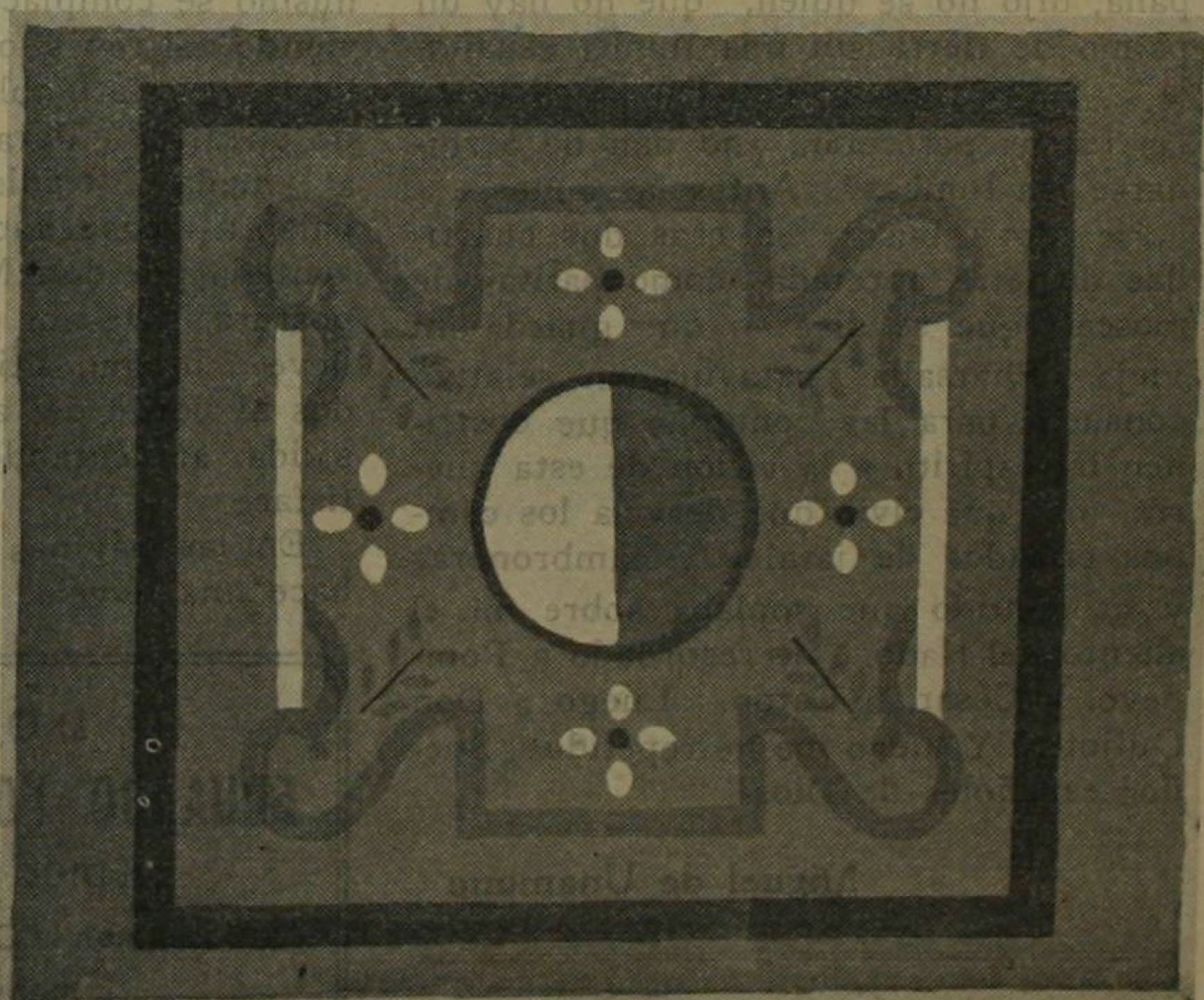
Decoración de carreta

Copia de Emilia Prieto

que alcanza siempre el equilibrio de las cosas finamente construídas. La línea recta y la ondulada se usan para limitar o cerrar el diseño en los contornos con ángulos curvados generalmente y a veces un círculo partido en cuatro sectores iguales de tonos arbitrarios, cada uno de ellos les da a aquellos elementos un valor raro de contraste dentro del conjunto sobrio e ingenuo. Los colores siguen una ordenación instintiva. Son pocos y puros lo que los vuelve fuertes y van siempre bien engarzados sobre armaduras neutras de negro y blanco. El procedimiento los hace intensos aislándolos dentro de ellos mismos. Hay entre estos colores un azul claro—un celeste típico al que se le da por muy sutiles razones una gran preferencia. Es con el que encañan los zócalos de las casas y vuelven conspicuos los salientes de las puertas. Cuando va sobre el bermellón cálido de las carretas luce con la insistencia de un símbolo.

La decoración geométrica es muy frecuente. Las ruedas adornadas en esa forma parecen enormes rosas de los vientos. Pero hay el predominio de los dibujos que estilizan vegetales—flores y hojas pecioladas como si fueran una imagen de esas que anuncian las cosechas. De ahí una flor de pétalos blancos tan corriente con la que llenan espacios vacíos y forman coronas redondas con campo en el centro para otros adornos. Algunos—los menos—dibujan animales—unos carracos de líneas ingenuas nadando sobre un lago de brochazos blancos.

Bien comprendidas las carretas con sus decoraciones



Decoración de carreta

Copia de Emilia Prieto

Comprimidos

(Leyendo y pensando)

= Colaboración =

Los jóvenes están llamados a cuestionarlo todo, a mirar el pro y el contra de cuantos asuntos ofrecen interés para la generalidad. No son de verdad jóvenes los que aceptan las cosas tal como se las dan sus mayores, sin examen y sin reparo.

El mérito de una juventud puede valuar por el grado de inconformidad que manifieste hacia las ideas viejas y por la mayor o menor receptividad que ofrezca hacia las ideas nuevas. Quizás hasta fuera más acertado decir que tal actitud de rebeldía hacia lo viejo y de generoso entusiasmo hacia lo nuevo constituye la esencia de la verdadera juvenilidad.

Sí, ser joven es ser inconforme con lo existente que está ya por pasar, y receptivo, acogedor con aquello que está aún por venir. Cuando la juventud se rebela contra las ideas y los sistemas obstructivos no hace sino ejercer la función que le es propia, la única que justifica su venida al mundo. ¿De qué aprovecharía en efecto a la sociedad esta constante rotación de las generaciones si todas ellas vinieran a la vida nada más que a consagrar lo establecido, así sea tuerto o derecho? ¿No es mejor que pequen los jóvenes de inconformes que de demasiado complacientes? Las ideas y los sistemas en vigencia al aparecer una juventud rebelde no correrán gran peligro si, como lo indica el sentido original de la palabra (de *vigere*, tener vigor), esas ideas y esos sistemas tienen fuerza bastante para resistir el ataque. Y cuando no, poco perderá el mundo con que desaparezcan. Instituciones y creencias incapaces de triunfar de la prueba del ensayo a que fueran sometidos, no merecen ni nuestro respeto mientras viven ni el más leve sentimiento de nostalgia después de que han muerto.

Si en los jóvenes se acusa el pulso de un país, habría que declarar que Costa Rica es un país sin pulso. Aquí los muchachos, como dijo Carmen Lyra, no tienen otro ideal que llegar a viejos por el camino más cómodo.

Bien está que en la antigüedad se escribieran las leyes en tablas de piedra o de bronce y que las gentes las guardaran y defendieran lo mismo que los muros de la ciudad. En sociedades primitivas no cambiaban gran cosa las ideas ni las costumbres, y cuando tal ocurría, el cambio tomaba tanto tiempo para operarse que podía escapar fácilmente a la percepción de los individuos. No así en nuestros días en que el mundo se transforma a ojos vista. Entre nosotros, sin embargo, los legistas pretenden convencernos de la inmutabilidad y sacrosantidad de las leyes escritas al dictado de intereses humanos, y no por cierto

los más nobles, como si hubieran bajado del Sinaí.

Claro que al hablar de legistas no debe tomárenos en serio. En Costa Rica no los hay. Quienes aquí tal nombre usufructúan son abogados de secano, sin letras y sin jurisprudencia, como al fin hechos en nuestra más que mediocre Escuela de Derecho. Muchos de ellos ni siquiera saben redactar, pero en cambio son maestros consumados de la triquiñuela. Otros suplen la falta de ciencia con sus habilidades de politiqueros y ganan los pleitos no en las Salas sino en las antecámaras.

Cuando a Sócrates se le acusó de quebrantador de las Leyes por haber negado la existencia de los Dioses que la ciudad tenía recibidos de sus fundadores y haber querido introducir otros nuevos, Lisias escribió una apología en defensa suya. Habiéndola visto el maestro, dijo: "la pieza es buena, Lisias, pero no me conviene a mí". Efectivamente la apología era más una defensa jurídica que filosófica.

Después de leer esto en Diógenes Laercio amamos más a Sócrates.

(Del Diálogo entre Mercurio y Carón de don Alfonso de Valdés).

Carón. — Dime, Mercurio, ¿crees tú que Jesu Christo se huelga que tal gente como essa se llamen christianos?

Mercurio. — Si se huelga o no, allá se lo haya; quanto por mí, yo te prometo que me ternía por muy afrentado si se llamassen mercurianos.

Por todas partes se oye decir: No se ve el hombre que pueda salvarnos. Gran error, pensamos, es este de esperar de un hombre la salvación del país. Cada uno tiene que proveer a su propia salvación y todos a la del país.

Nuestros individualistas respiran un magnífico desdén del inepto y del indocto. No vamos a hacerles cargo por esto, pero sí queremos recordarles que ese desdén no hace buenas migas con sus amados principios liberales, pues, ¿no fué el liberalismo quien nos trajo con su fórmula democrática la participación en el Gobierno del inepto y del indocto? ¿No ha consagrado el liberalismo como la fuente de toda autoridad el voto de las mayorías, y no son las mayorías por lo general ineptas e indoctas? A Chacón Trejos, por ejemplo, le ofenden los tontos y los ignorantes, pero acepta de buen grado que la tontería y la ignorancia sean invitadas a decidir de lo que no entienden y a gobernar la sociedad por la única razón de haber reclutado más votos. Este contrasentido del pen-

samiento democrático es tan viejo como el mundo. Ya Sócrates observaba que quien alaba al pueblo bajo se parece a uno que reprobese un tetrádracmo y recibiese por legítimos muchos de ellos.

Traducimos de Santayana:

"El progreso, si ha de complacer al liberal, debe continuar en la dirección en que el siglo xix progresó, hacia grandes mayorías, complejidad material, uniformidad moral, e interdependencia económica. Según la idea liberal a un buen niño le gusta que lo laven, quiere ir a la escuela, hacer calistenia sueca y aprenderlo todo de los libros. Pero tal vez pueda darse el caso de un pequeño individualista (y de acuerdo con la filosofía liberal su individualidad sería sagrada y su conciencia el único juez de lo que es bueno o malo) que quiera andar sucio, jugar con barro en la calle y aprender todo por experiencia o informes de los chicos mayores. Cuando el filósofo liberal acudiese a salvarlo, este pequeñín ingrato podría lanzarle a la cara el gran principio de la libertad liberal: déjeme usted en paz! Informar a este pillete que él no sabe lo que le conviene, que es un esclavo de malos hábitos y diabólicos instintos, que la verdadera libertad sólo puede venirle de que corrija su conducta, de que aprenda a cifrar su dicha en la virtud, esto sería evidentemente abandonar el liberalismo y predicar la doctrina clásica que el bien no es la libertad sino la sabiduría".

En Costa Rica no se hace diferencia entre el honrado y el granuja. Las más terribles denuncias nos dejan fríos e indiferentes.

"El hombre culto de verdad", ha dicho Santayana, "sonríe un poco de sus propia cultura". En cambio, el necio toma muy a serio sus necesidades.

A quienes se dicen cristianos habría que preguntarles: ¿Por qué os alarmáis del Comunismo, si sois vosotros los que primero lo practicaron en el mundo?

La rudimentaria al propio tiempo que injusta función de un Estado perceptor de tributos impuestos principalmente a los pobres para guardar y defenderles la riqueza a los ricos, no puede satisfacer sino a los pícaros o a los tontos.

En Costa Rica abundan los reformadores en voz baja. De todo protestan, pero eso sí, donde no se les oiga.

Es significativo que el Papa que suprimió la Orden de los Jesuitas fuera el mismo que prohibió la práctica inhumana de castrar a los cantantes de la Sixtina. Ambas cosas, al fin de cuentas, son dos formas de emasculación.

De las dos ignorancias que, según

Montaigne, hay en el mundo: la abecedaria y la doctoral, pasamos la primera que al menos es modesta, pero se nos atraganta la otra por mentecata y charlatana. Nada es que un hombre no tenga letras; esto no le impide ser recto y digno de estima y hasta si se quiere culto, como dijo Chesterton de los campesinos de Castilla por más analfabetos

que son. Lo malo es el semiciente, el que imagina saber las cosas cuando lo que sabe de ellas es apenas nociones superficiales y confusas, barruntos. El semiciente!—hé ahí la mayor calamidad de nuestras democracias!

Mario Sancho

Cartago, Costa Rica, agosto de 1933.

Brigard Silva, íntimo

= Envío del Dr. Gustavo Adolfo Solano, Barranquilla, Colombia =

Auspiciado por los familiares más allegados, acaba de aparecer en Bogotá, la que fué su ciudad natal, bajo el título de "Los primeros poemas", el libro póstumo de versos de Alvaro de Brigard Silva.

En plena juventud, cuando apenas frisaba en los treinta años escasos; cuando todavía la florescencia espiritual de su hondo plectro, no había dado toda su vendimia, los dioses egoístas, los dioses celosos de su obra, le troncharon de un solo tajo la vida, en forma despiadada y brusca, que apesar de los días transcurridos, aún mesiento poseído de un anonadamiento espiritual ineluctable.

"Sé—me escribe su hermano, doctor Camilo de Brigard Silva — la estrecha amistad que te ligó con Alvaro y lo que para ti habrá sido la noticia de su desaparecimiento... Murió en forma absolutamente repentina, sobre su escritorio, sin una queja; cuando llegaron los médicos todo había terminado.—Alvaro nunca tuvo el menor aprecio por su talento, dejó una valiosa obra poética, que nunca publicó y que ahora me ocupo en ordenar, pues tengo la intención de publicar un libro.—Vivió hermético, encerrado en su torre de marfil, dedicado a su mujer y a su pequeña hija y sólo los que convivimos con él supimos cuánta fué su bondad y su bella inteligencia".

Másculo, con todos los atributos de la belleza varonil, ceñido estrictamente a la antigua norma griega de que "en los tiempos heroicos, todo esteta era un atleta", la figura corporal de Alvaro de Brigard Silva, bien pudo tomarse como arquetipo autóctono de esta nuestra raza mestizada — arrogante y vigorosa — que ha escrito tantas páginas de virilidad inconfundible.

Con el auténtico prestigio que solía imprimirle a su personalidad, más que su real prosapia, su inmenso talento, la figura elegante y discreta de Alvaro, se imponía a su interlocutor, desde el primer instante.—Fué introducido a sus relaciones, que poco tiempo después llegaron a la más cordial intimidad, una noche galante, armoniosa como todas las noches bogotanas, en una de esas tertulias que se suceden, a menudo, en las regias mansiones de la capital de la república.

Desde aquella noche memorable, fuí

mos íntimos.—El año anterior, en 1918, habíamos sido compañeros de estudio, en el primer curso, en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, de la Universidad Nacional, sin llegar a conocernos.—Y confieso ingenuamente que desde las primeras frases que crucé con él comprendí que se trataba de un muchacho demasiado inteligente, de firmes fastuosidades espirituales, cuyo porvenir, en el campo literario, lo presentí de proyecciones gigantescas, que no tuve inconveniente en decírselo. — Entonces supe que era sobrino del inmortal autor de los Nocturnos.

En su casa de la carrera cuarta con la calle catorce, cuántas veces no estuvimos los dos solos, en confidencia íntima, mientras tomábamos el té, en aquel su aposento embellecido por objetos antiguos, de valor inestimable, por los cuales sentía rara fascinación, tal como si se hubiese sentido un fiel intérprete de todo aquello de que nos hablan "las cosas viejas, tristes, desteñidas, sin voz y sin calor..."—En una de esas ocasiones, doña Julia Silva, viuda de Brigard, madre de Alvaro, al despedirme, me dijo:

—Para usted, Alvaro no tiene secretos.

Y la dama aristocrática, hermana de José Asunción, el poeta más alto de América, en aquella frase sencilla, compendió toda una faz de nuestra vida de fraternidad sincera.—Y decía la verdad.—Brigard Silva no tuvo para mí rugosidades en su espíritu: sus intimidades, sus inquietudes cerebrales, sus anhelos de perfección, los conocí al amparo sonoro de su palabra elocuente.

En la carrera octava, frente a uno de los cuarteles existía un modestísimo cafetín, de propiedad de un señor Melgarrejo. Lo llamábamos "Dorian Gray". Allí solíamos reunirnos, con alguna frecuencia, José Enrique Gaviria, Ricardo Rendón, José Alejandro Navas, Luis Paláu Rivas, y una que otra vez asistieron Luis Vidales y Ricardo de Santamaría Orrantía. En una de esas reuniones nos leyó Navas, profundo sociólogo, uno de sus mejores cuentos, que por cierto me trajo a la memoria—por su honda travazón humana—el borroso recuerdo de otro que había leído de Lafcadio Hearn, el de las japerías extravagantes. Con estilo inimitable y castizo, Navas revelaba su inconformidad con los viejos moldes. Luego que concluyó la lectura del cuento, a instancias

del genial Rendón, Alvaro, a quien en la intimidad apodábamos "Tanagra", no sólo por sus afinidades con Apolo, sino por la exquisitez artística de aquellas estatuas, que decoraban su cuarto, las cuales al contemplarlas daban la sensación de haber sido extraídas de los socavones de la ciudad griega, recitó varios de los sonetos de sus "Flores de Leyenda".

Inclinado, por afición, a cantar en sus versos la Santa Fé ya ida, la Santa Fé virreinal, la Santa Fé de la encrucijada galante, a la cual profesaba su devoción de artífice, adviértese en la mayoría de ellos la personalidad vigorosa del poeta, con caracteres de originalidad fascinante Oigámoslo:

DOÑA CLARA EUGENIA de ANUNCIBAY

La dama está de frente y en la monotonía del terciopelo negro del ampuloso traje, pone sus notas blancas, de prestigio el encaje. El rostro de la dama dice melancolía.

Mágicas, imposibles, de la tela sombría surgen las manos largas.—El fondo es un paisaje sentimental y animico.—El envidioso ultraje del tiempo, el milagroso retrato desafia.

Por tan ilustre dama cruzaron sus aceros en Santa Fé una noche dos bravos caballeros, y ambos quedaron muertos al pie de su balcón.

Aquella noble, desprestigiada y bella llamóse Clara Eugenia de Anuncibay, sobre ella el Virrey-Arzbispo lanzó su excomunión.

Ante la lectura de este soneto máximo, Germán Arciniegas, una de las jóvenes mentalidades mejor coordinadas con que cuenta la América indo-hispana, de seguro habrá modificado el concepto que se había forjado, sobre la fisonomía literaria del extinto autor de "Los primeros poemas".

Lástima que la Muerte hubiese silenciado prematuramente aquel temperamento aeda, exquisito y elegante, y tan refinadamente subjetivo. — "Su obra —escribe Eduardo Castillo—podría ser simbolizada por ese bello genio fúnebre que, sobre algunos cenotafios de la Grecia antigua, huella con los pies una antorcha extinguida".

No quiero terminar este débil boceto, sin dejar de relatar un detalle insignificante, que nos sucedió en la Escuela de Derecho y Ciencias Políticas de Colombia.

Nuestros condiscípulos, a partir del segundo año de estudios, nos vieron entrar y salir de la Escuela, siempre juntos, en la más estrecha camaradería, departiendo vivamente temas actuales de conversación, sin que recuerde que hubiese habido entre ambos el menor asomo de disparidad o divergencia. — Desde este punto de vista, algunos de los compañeros de clase, ante quienes pasábamos impertérritos y muchas veces sin mirarlos, les inquietaba aquella amistad ilímite, que quizás juzgaron

erróneamente como una modalidad de nuestro personal orgullo.

Al segundo piso del edificio de la Facultad, situado en Santa Clara, nos acostumbramos a subir por una escalera de madera que tiene, en la parte sur, bastante excusada para el público. Casi nunca hicimos uso de la escalera principal, construída durante el rectorado de ese gran internacionalista, culto y patriota, que responde al nombre de Antonio José Uribe.

Acabábamos de asistir a la clase de Derecho Comercial, que magistralmente exponía, en luminosa conferencia, la palabra persuasiva de Félix Cortés. — Contrariando aquella mañana, nuestra vieja costumbre, bajamos al primer piso, rumbo a la calle, por la escalera de

concreto, a que antes me he referido, que realza el edificio y concluye en el vestíbulo. — Pausadamente habríamos descendido unos cinco peldaños, cuando de pronto, sin disimular su sorpresa, señalándome con el índice en la pared, Alvaro me dijo:

—Mira!

Volví la vista hacia el lugar que me indicaba, y leí:

Alvaro de Borbón;
Gastón de la Vanidad;
los dos tipos pedantes
de nuestra gran Facultad.

—Qué opinas, bastante curioso, verdad?—Comentó, en tono irónico, Alvaro
Y yo sonreí compasivamente.

Gastón de la Barca

Germinal

= Envío del Autor. San José de Costa Rica =

—Al fin nos vamos. Dejamos la ciudad donde se me antojan las gentes y las cosas tristes. Busco la alegría del campo; llevo la más grande ilusión. Mañana tempranito, arreando las parejas de animales que Dios me ha deparado, como quien embarca en una Arca de Noé, tomo soleta con mis dos varones que he parido, y con Rosenda, a quien su madre me entregó desde pequeña y quiero como a hija. ¡Bendita tierra ésta, donde para todos da Dios! Formaré de mi predio un Paraíso, y viviré, no como Eva, desnuda y curiosa, sino apegada siempre a mis añejas costumbres y religión. No, de allí no me echará el Angel, ni me condenará a la vida nómada.

Esto me decía María, la vieja inseparable de mi familia, amiga dilecta que recordamos con el mayor afecto. Era menudita y morena, de facciones sumamente finas y correctas. Sus ojos parecían ascuas, tal su viveza, y juguetones, aun en horas tristes, pues que nunca se sometieron al sosiego. Yo la miraba correr de aquí para allá, en la estancia donde Federico, el mayor de sus hijos, zancajeaba en los preparativos del viaje.

María era aparatosa en todo, más en el hablar. Estrecho se le hacía siempre el lugar en que despotricaba: ella tenía que ser gráfica en sus narraciones y paliques, y de ahí ese ir y venir de su figurita graciosa, ese reír y llorar porque sí, ya llevándose las manos a la cintura, imprimiéndole al cuerpo un movimiento peculiar de bailarina, ya levantando los brazos al cielo, andando a gatas, si lo que contaba requería la pose, y siempre llena de nervio y de vida. Delicada en todas sus costumbres, era menester adivinarle el estado de su hacienda cada día, que nunca hubo cosa más veleidosa, para con disimulo proveerla de algo, pues que ni en los mayores apuros decidióse a amprar.

Federico había tomado cincuenta hectáreas de terreno fértil en el litoral del Pacífico, casi llegando a la costa, amparado al derecho de cabeza de familia.

Fuese él el primero, con sólo veinticinco colonos en su escarcela y llena el alma de ilusiones, para dar principio al abra y edificar el rancho. En dejando regada la simiente en la primera, y techada la barraca, decidióse a venir por su madre y el resto de la familia. Adoraba en su vieja y quería que lo demás fuere a ojos de ésta formándose y creciendo. Ya dentro del rancho estaban listos los camastros, y tres piedras sobre una repisa firme, que harían de hogar, esperaban lumbre.

Y así fué. Yo les ví salir muy temprano sin mengua de comistrajo para la jornada; recoger en una hacienda vecina las parejas de animales, venidas unas de regalo, por compra barata otras, y todos, arreados unos, arreando otros, ponerse en camino de la tierra de promisión.

Al año les fuí a ver. Tres días con sus noches, por riscos peligrosos, y andurriales que más parecían vecindades del infierno que antesalas de gloria, hube de pasar para llegarme a aquellas buenas gentes que ya sabían de mi próxima visita, y que en su deseo de regalarme con esplendidez, habían sacrificado el cerdo mejor cebado de los nacidos de la pareja que vi hozar en el camino polvoriento, aquella mañanita en que despedí a la dichosa caravana.

Y qué prodigio de la naturaleza y del poder humano; divididos en parcelas los sembrados, daba todo aquello la ilusión de un portal de navidad. Tres manzanas de banano, seis en dehesa, dos de

maíz y frijoles, y varias en gleba que esperaban la sementera, transformaron el baldío en rica estancia. En un alto del terreno, rodeada de luz y aire, estaba enclavada la cabaña. Ponderándome la fertilidad de las tierras, aquellas buenas gentes hablaban todas a la vez; yo escuchaba sonriente, feliz de saberlas felices. Un arroyo próximo a la barraca acompañaba con su canto, como un alegre retozón, la vocinglería que armaban mis queridos huéspedes. A Rosenda, que se había criado enteca, la hallé rolliza y placentera. Quince abriles la habían arrullado, ¡bien venidas las primaveras en moza tan guapa y atrayente! Quería a María como a su propia madre; era claro. Aquella santa mujer la prodigaba sus cuidados como si a sus pechos se hubiera amamantado. Todos en fin, eran dichosos en aquellas soledades, llenos de salud y con la despensa al raso y bien surtida, no tenían qué pensar en el mañana.

Una semana estuve al abrigo de aquel techo milagroso a cuyo amparo todo se multiplicaba y reía. Hice mi regreso sin sentir las molestias del camino, pues que traía el magín cavilando todo el tiempo sobre lo que había visto, y desatento a cuanto no se relacionaba con el vivir dichoso que dejaba a mis espaldas.

Meses después, al filo de la madrugada desperté una vez a los lamentos ahilados de alguien que arribó a mi puerta. Corrí a abrirla, y di paso a una figura de mujer, que envuelta en una manta, toda enlodada y haraposa, como un fantasma, parecía requerir abrigo. Era María. Sola, sin más amparo que Dios, según luego me dijo, había huído de aquella cabaña maldita donde tan feliz poco ha la había dejado yo. Por entre montañas, dejando jirones de su indumento, y aun de sus propias carnes, en las zarzas y malezas, catorce días y noches había caminado con el alma en un puño y lacerado el corazón.

—Soy la mujer más infeliz del mundo—me dijo, echándose en mis brazos, que la recibieron cariñosos.—Ya ve... Rosenda... Rosenda.

—¿Muerta?—pregunté, asombrado.

—...Y Federico, Federico, el que era hijo de mi alma—siguió diciendo, tambaleándose, y cubriéndose con las manos el rostro.

—¿Muerto también?...

—¡Más valiera!... Tuvieron un hijo... y sin que Dios les bendijera su unión.

—¡Pobre María!—exclamé estrechándola.—Pero, ya ves, en una Arca de Noé te embarcaste; a ella fuiste feliz, llevando un toro y una vaca, un cerdo y su pareja, gallo y gallina, un potro y su yegua... y a Federico y Rosenda. ¿Qué esperabas, pues?... Todo fecundizó; campos, animales y personas. ¡Bendito Dios!

Y ella, pálida como un espectro, en medio del zaguán iluminado por la escasa luz del alba que comenzaba a despuntar, alzó los brazos, y mirando al cielo, exclamó:

—¡Maldita fecundidad!

Jorge Orozco Castro

INDICE

CON EL ULTIMO CORREO:

Pedro Prado: <i>Un Juez rural</i>	4.00
Pedro Prado: <i>El llamado del mundo</i>	3.50
Salvador de Madariaga: <i>Arceval y los ingleses</i> . Juicios póstumos sobre Inglaterra que escribió Julio Arceval.....	3.50
<i>Cuadernos de Política</i> , IV. Alfredo Weber: <i>La crisis de la idea moderna del Estado en Europa</i>	3.00
Conde de Keyserling: <i>Norte América liberada</i>	11.00
Solicítelos al Admor. del Rep. Am.	

EDITOR:
J. García Monge

Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión; cómo crecen las ideas en la tierra!—José Martí.

Suscripción mensual, \$2.00

EXTERIOR: (El semestre, \$3.50
(El año, \$6.00 o. am.

Giro bancario sobre Nueva York.

Ejemplo

Si quieres ser un hombre notable, es preciso que hagas de tu palabra una segunda religión y ser tan esclavo de ella como de tu honor. Fox, uno de los más grandes oradores de Inglaterra, era sobre todo notable por la belleza de su carácter. La fidelidad a los compromisos contraídos es la principal de sus cualidades. En su infancia, su padre, un inglés de vieja cepa, le había dado una lección lo bastante energética para causar eterna impresión en el espíritu de un niño. A tu edad, Fox, durante las vacaciones, iba a casa de su padre, que como todos los ingleses ricos, tenía un parque de bastante extensión en torno de su palacio. En ese parque se encontraba un viejo quiosco que debía ser desmontado para reconstruirlo en otro lugar donde el punto de vista era magnífico. Los niños gustáis mucho de ver demoler, y el pequeño Fox deseaba tener algunos días más de vacaciones para asistir al derribo del pabellón; pero su padre le exigía que regresara al colegio el día fijado para la apertura de las clases, y éste fué el origen de un disgusto entre el padre y el hijo. La madre, como todas las madres, apoyó al pequeño Fox, y entonces el padre prometió solemnemente a su hijo que esperaría a la época de las siguientes vacaciones para demoler el quiosco. Fox regresó a su colegio. El padre creyó que un muchacho distraído por sus estudios olvidaría esta circunstancia, y dispuso el derribo del quiosco y su erección en otro lugar. Pero el testarudo muchacho no pensaba más que en el quiosco, y cuando regresó a la casa paterna, la primera cosa que hizo fué ir a visitar el viejo pabellón; mas volvió muy triste en el momento del almuerzo y dijo a su padre: «Me ha engañado usted.» El anciano gentil-hombre inglés dijo con una confusión llena de dignidad: «Es verdad, hijo mío; pero repararé mi falta». Es necesario sostener la palabra empeñada aun en perjuicio de la fortuna; porque lo primero proporciona la última en muchas ocasiones, y en cambio todas las fortunas del mundo no borrarían la mancha que deja en la conciencia el faltar a la palabra. El padre hizo reconstruir el viejo pabellón como y donde

RINCON DE LOS NIÑOS

(LECTURAS)



Hiram, Orlando, Rima, José Enrique, Rodrigo y Rogelio Sotela Montagné.

Mis hijos no son míos

—Envío del autor—

Estos no son hijos míos;
son hijos de nuestro alero,
avecillas de este nido,
parte de mi vida son,
mas son hijos de ellos mismos!
Estos muchachos alegres,
tan amados; estos niños
tan tiernos, tan levantados,
y de tan nobles instintos
estos muchachos traviesos
son los hijos de ellos mismos.
¡Ellos mismos son sus padres
y a la vez sus propios hijos!
Yo les di sólo la carne,
lo deleznable, lo infimo;
¡ellos traían su entraña
para nacer, hace siglos!
Su espíritu, su alegría,
su talento, su yo íntimo,

eso no se lo hemos dado
nosotros que los tuvimos.
No! Estos muchachos que viven
en mi casa como míos
no son de nosotros, no!
Son hijos de ellos mismos.
A mi, y a ti, compañera,
nos deben sólo este nido,
esta ternura en quererlos,
este constante cariño.
Quiso Dios que fuera el molde
éste, donde han nacido.
¡Bendigamos al Señor
ya que son sanos y lindos,
y que nos dé más ternura
para darla a nuestros hijos!

Rogelio Sotela

Costa Rica, 1933.

estaba, y después ordenó que fuera demolido a la vista de su hijo. Que esto te sirva de lección, Gustavo.

Lo cuenta Balzac en el Cap. V de
La mujer de treinta años.

Fábula de Epiménides

Epiménides, según Teopompo y otros muchos, fué hijo de Festio; según otros, de Dosiado; y según otros, Agesarco. Fué cretense, natural de Gnosa; pero no lo parecía por ir con

el pelo largo. Envióle una vez su padre a un campo suyo con una oveja, y desviándose del camino, a la hora del mediodía se entró en una cueva, y durmió allí por espacio de 57 años. Despertando después de este tiempo, buscaba la oveja, creyendo haber dormido sólo un rato; pero no hallándola, se volvió al campo; y como lo viese todo de otro aspecto, y aun el campo en poder de otro, maravillado en extremo, se fué a la ciudad. Quiso entrar en su casa; y preguntándole quién era, halló a su hermano menor, en-

tonces ya viejo, el cual supo de su boca toda la verdad. Conocido por esto de toda Grecia, lo tuvieron todos por muy amado de los dioses.

La cuenta Diógenes Laercio en las *Vidas de los filósofos más ilustres*.

Historia de un jorobado

Sabida es la historia del jorobado a quien las brujas colocaron otra giba por inoportuno.

Había ido un giboso un sábado por la noche a un bosque donde moraban las brujas, y les había oído cantar repetidas veces, con la melancolía de una canción que no se conoce bien, este estribillo:

Lunes, martes, miércoles, tres.

Lunes, martes, miércoles, tres.

Entonces el giboso, en el mismo tono triste que las brujas, cantó:

Lunes, martes, miércoles, tres.

Jueves, viernes, sábado, seis.

Las brujas, al oír esto lanzaron un ¡ah! de satisfacción, y entusiasmadas por el segundo verso añadido a su canto fragmentario, buscaron al autor, encontraron al giboso, le acariciaron, le quitaron la giba y la colgaron en un árbol.

Llegó el giboso al pueblo derecho y gallardo y contó a otro amigo jorobado lo ocurrido, y éste el sábado por la noche se fué al bosque y esperó. Vinieron las brujas y se pusieron a cantar con entusiasmo, con una algarabía de papagayos:

Lunes, martes, miércoles, tres.

Jueves, viernes, sábado, seis.

Lunes, martes, miércoles, tres.

Jueves, viernes, sábado, seis.

Entonces el giboso, saliendo de debajo del árbol, gritó con voz aguda:

Y domingo, siete.

Las brujas, que tenían cierto sentido estético, lanzaron un grito de disgusto y de repulsión, digno de un profesor de Retórica, al ver que no se respetaba la sagrada medida del verso, y cogiendo al jorobado, le arañaron y le colocaron la joroba del giboso del sábado anterior.

Lo cuenta Pío Baroja en el Cap. III del libro II de *Con la pluma y con el sable*.

Doctor JORGE MONTES DE OCA

OFICINA: 175 varas al Sur del Gran Hotel Costa Rica

TELEFONOS: Oficina, 2950 — Habitación 2740

Tratamiento eléctrico por ARSONVALIZACION DIRECTA de reconocida eficacia para Flujos e inflamaciones del vientre; ensayo. Cistitis, Prostatitis, Hemorragias e Hipertrofia de la Próstata; hágase ese tratamiento enseguida.

Imprenta LA TRIBUNA